
LA CASA DE LOS CELOS Y SELVAS DE ARDENIA

Miguel de Cervantes

Texto basado en la edición príncipe, LA CASA DE LOS CELOS en OCHO COMEDIAS Y OCHO ENTREMESSES NUEVOS NUNCA REPRESENTADOS, COMPUESTAS POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1615). Fue editado en forma electrónica por Vern G. Williamsen en 1997.

Personas que hablan en ella:

- REINALDOS
- MALGESÍ
- ROLDÁN
- GALALÓN
- EMPERADOR Carlomagno
- Un PAJE
- ANGÉLICA
- BERNARDO del Carpio
- Una DUEÑA
- Un ESCUDERO
- ARGALÍA
- ESPÍRITU de Merlín
- MARFISA
- LAUSO, pastor
- CORINTO, pastor
- RÚSTICO, pastor
- CLORI, pastora
- EI TEMOR
- La SOSPECHA
- La CURIOSIDAD
- La DESESPERACIÓN
- Los CELOS
- La Diosa VENUS
- CUPIDO
- La MALA FAMA
- La BUENA FAMA
- FERRAGUTO
- CASTILLA

JORNADA PRIMERA

[Sal en] REINALDOS y MALGESÍ

REINALDOS: Sin duda que el ser pobre es causa desto;
pues, ¡vive Dios!, que pueden estas manos
echar a todas horas todo el resto
con bárbaros, franceses y paganos.

¿A mí, Roldán, a mí se ha de hacer esto?
Levántate a los cielos soberanos,
el confalón que tienes de la Iglesia.
O reniego, o descreo...

MALGESÍ: ¡Oh, hermano!
REINALDOS: ¡Oh, pesia...!
MALGESÍ: Mira que suenan mal esas razones.
REINALDOS: Nunca las pasa mi intención del techo.
MALGESÍ: Pues, ¿por qué a pronunciallas te dispones?
REINALDOS: ¡Rabio de enojo y muero de despecho!
MALGESÍ: Pónesme en confusión.
REINALDOS: Y tú me pones...
MALGESÍ: ¡Déjame, que revienta de ira el pecho!
MALGESÍ: ¡Por Dios!, que has de decirme en este instante
con quién las has.

REINALDOS: Con el señor de Aglante.

Con aqueso bastardo, malnacido,
arrogante, hablador, antojadizo,
más de soberbia que de honor vestido.
MALGESÍ: ¿No me dirás, Reinaldos, qué te hizo?
REINALDOS: ¿Que a tanto desprecio he yo venido,
que así ose atrevérseme un mestizo?
Pues ¡juro a fe que, aunque le valga Roma,
que le mate, y le guise, y me le coma!

En un balcón estaba de palacio,
y con él Galalón junto a su lado;
yo entraba por el patio, muy de espacio,
cual suelo, de mí mismo acompañado;
los dos miraron mi bohemio lacio
y no de perlas mi capelo ornado;
tomáronse a reír, y a lo que creo,
la risa fue de ver mi pobre arreo.

Subí, como con alas, la escalera,
de rabia lleno y de temor vacío;
no los hallé donde los vi, y quisiera
ejecutar en mí mi furia y brío.
Entráronse allá dentro, y, si no fuera
porque debo respeto al señor mío,
en su presencia le sacara el alma,
pequeña a tanta injuria, y débil palma.

De aquel traidor de Galalón no hago
cuenta ninguna, que es cobarde y necio;
de Roldán, sí, y en ira me deshago,
pues me conoce, y no me tiene en precio.
Pero presto tendrán los dos el pago,
pagando con sus vidas mi desprecio,
aunque lo estorbe...

MALGESÍ: ¿No ves que desatinas?

REINALDOS: Con aquesas palabras más me indinas.

MALGESÍ: Roldán es éste, vesle aquí que sale,
y con él Galalón.

REINALDOS: Hazte a una parte,
que quiero ver lo que este infame vale,
que es tenido en el mundo por un Marte.

[Salen] ROLDÁN y GALALÓN

¡Agora, sí, burlón, que no te cale
en la estancia de Carlos retirarte,
ni a ti forjar traiciones y mentiras
para volver pacíficas mis iras!

GALALÓN: Vuélvome, porque es éste un atrevido
y el decir y hacer pone en un punto.

[Vase]

REINALDOS: ¡Bien os habéis de mi ademán reído
los dos, a fe!

ROLDÁN: ¡Que está loco barrunto!

REINALDOS: ¿Dónde está aquel cobarde?

MALGESÍ: Ya se ha ido.

REINALDOS: Tuvo temor de no quedar difunto

si un soplo le alcanzara de mi boca.
 ROLDÁN: ¡A risa su arrogancia me provoca!
 ¿Con quién las has, Reinaldos?

REINALDOS: ¿Yo? Contigo.
 ROLDÁN: ¿Conmigo? Pues, ¿por qué?
 REINALDOS: Ya tú lo sabes.
 ROLDÁN: No sé más de que siempre fui tu amigo,
 pues de mi voluntad tienes las llaves.
 REINALDOS: Tu risa ha sido deso buen testigo;
 no hay para qué tan sin porqué te alabes.
 Dime: ¿puede, por dicha, la pobreza
 quitar lo que nos da naturaleza?
 Que yo trujera con anillos de oro
 adornadas mis manos y trujera
 con pompa, a modo de real decoro,
 mi persona compuesta; ¿adóndequiera
 rindiera yo con esto al fuerte moro
 o al gallardo español, que nos espera?
 No; que no dan costosos atavíos
 fuerza a los brazos y a los pechos bríos.
 Mi persona desnuda, y esta espada,
 y este indomable pecho que conoces,
 ancha se harán adondequiera entrada,
 como en la seca mies agudas hoces.
 Mi fuerza conocida y estimada
 está por todo el orbe dando voces,
 diciendo quién yo soy; y así, tu burla
 contra toda razón de mí se burla.
 Y, porque veas que en razón me fundo,
 mete mano a la espada y haz la prueba:
 verás que en nada no te soy segundo,
 ni es para mí el probarte cosa nueva.
 ¿Que de nuevo te ríes, pese al mundo?
 ROLDÁN: ¿Qué endiablado furor, primo, te lleva
 a romper nuestras paces, o qué risa
 así el aviso tuyo desavisa?

MALGESÍ: Dice que dél hiciste burla cuando
 entraba por el patio de palacio,
 su poco fausto y soledad mirando,
 y su bohemio, por antiguo, lacio.
 Pensólo, y, su estrechez contemplando,
 y creyendo la burla, en poco espacio
 la escalera subió; y, si allí os hallara,
 en llanto vuestra risa se tornara.

ROLDÁN: Hiciera mal, porque por Dios os juro
 que no me pasó tal por pensamiento;
 y desto puede estar cierto y seguro,
 pues yo lo digo y más con juramento.
 Al pilar de la Iglesia, al fuerte muro,
 al amparo de Francia y al aliento
 de los pechos valientes, ¿quién osara,
 aunque en ello la vida le importara?
 Esta disculpa baste, ¡oh primo amado!,
 para templar vuestra no vista furia;
 que no es costumbre de mi pecho honrado
 hacer a nadie semejante injuria.
 Y más a vos, que solo habéis ganado
 más oro que tendrá y tiene Liguria,
 si es que la honra vale más que el oro
 que en Tíbar cierne el mal vestido moro.
 Dadme esa mano, ¡oh primo!, porque, en uno
 estas dos que imagino sin iguales,
 no siento yo que habrá valor alguno
 que de su puerta llegue a los umbrales.

Vuel ve GALALÓN con el EMPERADOR Carlomagno

EMPERADOR: ¿Que así comenzó a hablar el importuno,
 y descubrió en el modo indicios tales,
 que presto de la lengua desmandada
 pasaría la cólera a la espada?

GALALÓN: No los pongas en paz, porque es prudencia,
 y en materia de estado esto se advierte,

tener a tales dos en diferencia,
que son ministros de tu vida y muerte;
que, habiendo entre dos grandes competencia
y entre dos consejeros, de tal suerte
el uno y otro a sus contrarios temen,
que es fuerza que en virtud ambos se estremen,
por temor de las ciertas parlerías
que te podrá decir aquél de aquéste;
y no desprecies las razones mías,
si no quieres que caro no te cueste.

EMPERADOR: No están de aquel talante que decías.
Di: ¿Roldán no es aquél? ¿Reinaldos, éste?
En paz están, y asidos de la mano.

GALALÓN: Señores, ¿no habéis visto a Carlomano?

ROLDÁN: ¡Oh grande emperador!

EMPERADOR: ¡Oh amados primos!

ROLDÁN: ¿Habéis tenido algún enojo acaso?
Sin padrinos los dos nos avenimos
cuando torcemos de amistad el paso.
Muchas veces confieso que reñimos,
mas ninguna de veras.

GALALÓN: A hablar paso
Reinaldos y sin cólera, no hiciera
que nuestro emperador aquí viniera;
que yo le truje imaginando, cierto,
que estábades los dos ya en gran batalla.

MALGESÍ: Holgárate que el uno fuera muerto,
y aun los dos; que este intento en ti se halla.

EMPERADOR: Tu temor ha salido en todo incierto.
De lo que a mí me place, es que la malla
y los aceros destos dos varones
requieren más honrosas ocasiones.

ROLDÁN: Reinaldos, no le tengas ojeriza
a Galalón, que a fe que es nuestro amigo.

MALGESÍ: ¡Así le viese yo hecho ceniza,
o de la suerte que en mi mente digo!
Éste es el soplo que aquel fuego atiza
y enciende, por quien siempre es enemigo
nuestro buen rey de nuestro buen linaje.

REINALDOS: ¡Cuán sin aliento viene aqueste paje!

[Sale un PAJE]

PAJE: Señor, si quieres ver una ventura, [sic]
que en la vida se ha visto semejante,
ponte a ese corredor: que te aseguro
que es aventicio hermoso y elegante.

REINALDOS: ¡Donoso ha estado el paje!

PAJE: Yo lo juro
por vida de mi padre. Trae delante
una diosa del cielo dos salvajes
que sirven de escuderos y de pajes;
una que debe ser su bisabuela
viene detrás sobre una mula puesta.
Digo que es cosa de admirar. Mas hela
do asoma: ved si viene bien compuesta.

MALGESÍ: ¿Si viene con mistura de cautela
tan grande novedad?

EMPERADOR: Poco te cuesta
saberlo si tu libro traes a mano.

MALGESÍ: Aquí le tengo, y el saberlo es llano.

Apártase MALGESÍ a un lado del teatro, saca un libro pequeño, pónese a leer en él, y luego sale una figura de demonio por lo hueco del teatro y pónese al lado de MALGESÍ; y han de haber comenzado a entrar por el patio ANGÉLICA la bella, sobre un palafreñ, embozada y la más ricamente vestida que ser pudiese; traen la rienda dos salvaje[s], vesti dos de yedra o de cáñamo teñido de verde; detrás viene una DUEÑA sobre una mula con gual [d]rapa. Trae delante de sí un rico cofrecillo y a una perrilla de falda; en dando una vuelta al patio, la apean los salvajes, y va donde está el EMPERADOR, el cual, como la ve, dice

EMPERADOR: Digo que trae gallarda compostura
y que es gallardo el traje y peregrino,
y que si llega al brío la hermosura,
que pasa de lo humano a lo divino.
MALGESÍ: ¿Aventura es aquésta? Es desventura.
EMPERADOR: ¿Qué dices, Malgesí?
MALGESÍ: No determino
aún bien lo que es.
EMPERADOR: Pues mira más atento.
MALGESÍ: Ya procuro cumplir tu mandamiento.
EMPERADOR: Salid a la escalera a recebilla,
y traed a la dama a mi presencia.
REINALDOS: Cierto que es ésta estraña maravilla.
MALGESÍ: Cierto que no yerra aquí mi ciencia.
EMPERADOR: ¿Qué es eso, Malgesí?
MALGESÍ: Darás a oílla
gratos oídos, pero no creencia;
que esta dama que ves... Aún no sé el resto;
escúchala, que yo lo sabré presto.

*[Sale] en el teatro ANGÉLICA con los salvajes y la DUEÑA,
acompañada de REINALDOS, ROLDÁN y GALALÓN; viene
ANGÉLICA embozada*

ANGÉLICA: Prospere el alto cielo,
poderoso señor, tu real estado,
y seas en el suelo
por uno y otro siglo prolongado
de tan rara ventura,
que del tiempo mudable esté segura.
Puesto que tu presciencia
de un sí cortés me tiene asegurada,
no osaré sin licencia
decirte, ¡oh gran señor!, una embajada,
que aumentará la fama
que a tanto prez y a tanto honor te llama.
EMPERADOR: Decid lo que os pluguiere.
ANGÉLICA: Hizo verdad tu sí mi pensamiento.
Presta a lo que dijere,
sagrado emperador, oído atento,
y préstemele aquéllos
a quien la gola señaló sus cuellos.
Soy única heredera
del gran rey Galafrón, cuyo ancho imperio
deste mar la ribera,
ni aun casi la mitad del hemisferio,
sus límites describe;
que en otros mares y otros cielos vive.
A su grandeza iguala
su saber, en el cual tuvo noticia
ser mi ventura mala,
si así como el estado real codicia,
a varón me entregase
que en sangre y en grandeza me igualase.
Halló por cierto y llano
que el que venciase en singular batalla
a un mi pequeño hermano
que viste honrosa, aunque temprana malla,
éste, cierto, sería
bien de su reino y la ventura mía.
Por provincias diversas
he venido con él, donde he tenido
ya prósperas, ya adversas
venturas, y a la fin me he conducido
a este reino de Francia,
donde tengo por cierta mi ganancia.
De Ardenia en las umbrosas
selvas queda mi hermano, allí esperando
quien, ya por codiciosas
prendas, o esta belleza deseando,

Desembózase

su fuerte brazo pruebe;
y es lo que he de decir lo que hacer debe.

Quien fuere derribado
del golpe de la lanza, ha de ser preso,
porque le está vedado
poner mano a la espada; y es expreso
del rey este mandato,
o, por mejor decir, concierto y pacto.

Y si tocare el suelo
mi hermano, quedará quien le venciere
levantado a mi cielo,
o noble sea, o sea el que se fuere,
y no de otra manera.

MALGESÍ: ¡Qué bien que lo relata la hechicera!

ANGÉLICA: ¡Ea, pues, caballeros!,
quien reinos apetece y gentileza,
aprestad los aceros,
que a poco precio venden la belleza
que veis, venid en vuelo.

ROLDÁN: ¡Por Dios, que encanta!

REINALDOS: Admira, ¡vive el cielo!

ANGÉLICA: Ya te he dicho mi intento.
Conviéneme que dé la vuelta luego.

EMPERADOR: Deteneos un momento,
si es que puede con vos mi mando o ruego,
porque seáis servida
según vuestra grandeza conocida.

ANGÉLICA: Lo imposible me pides;
dame licencia y queda en paz.

EMPERADOR: Pues veo
que a tu gusto te mides,
en buen hora te vuelve, y el deseo
de servirte recibe.

MALGESÍ: ¡El mismo engaño en esta falsa vive!

Vase ANGÉLICA y su compañía

REINALDOS: ¿Para qué vas tras ella,
Roldán?

ROLDÁN: Son excusadas tus demandas.

REINALDOS: Yo solo he de ir con ella.

ROLDÁN: ¡Qué impertinente y qué soberbio andas!

REINALDOS: ¡Detente, no la sigas!

ROLDÁN: Reinaldos, bueno está; no me persigas.

MALGESÍ: Deténlos, no los dejes;

haz, señor, que se prenda aquella maga.

REINALDOS: Como de aquí te alejes,
daréte de tu intento justa paga.

EMPERADOR: ¿Qué desvergüenza es ésta?

MALGESÍ: Manda prender aquella deshonesto,
que será, a lo que veo,
la ruina de Francia en cierto modo.

ROLDÁN: Cumpliré mi deseo
a tu pesar, y aun al del mundo todo.

REINALDOS: Camina, pues, y guarte.

EMPERADOR: Acaba, Malgesí, de declararte.

MALGESÍ: Ésta que has visto es hija
del Galafrón, cual dijo; mas su intento,
que el cielo le corrija,
es diferente del fingido cuento,
porque su padre ordena
tener tus Doce Pares en cadena;
y, si los prende, piensa
venir sobre tu reino y conquistalle;
y trázase esta ofensa
con enviar su hijo y adornalle
con una hermosa lanza,
con que de todos la vitoria alcanza.
La lanza es encantada,

y tiene tal virtud, que, aquel que toca,
le atierra, y es dorada;
por eso pide aquella infame y loca
que la espada no prueben
los que a la empresa con valor se atreven.

Por añagaza pone
aquella incomparable hermosura,
que el corazón dispone
aun de la más cobarde criatura
para que el hecho intente,
do, aunque se pierda, nunca se arrepiente.

Serán tus Doce Pares
presos si no lo estorbas, señor mío,
y otros muchos millares
de los tuyos que tienen fuerza y brío
para mayores cosas.

EMPERADOR: Las que has contado son bien espantosas;
mas no sé remediallas,
y es porque no las creo. A ti te queda
creellas y estorballas.

MALGESÍ: Haré cuanto mi industria y ciencia pueda.

GALALÓN: No son muy verdaderos,
a decirte verdad, tus consejeros.

[Vanse] el EMPERADOR y GALALÓN

MALGESÍ: Mi hermano va enojado
con Roldán. Estorbar quiero su daño.
En laberinto he entrado
que apenas saldré dél. ¡Oh ciego engaño,
oh fuerza poderosa
de la mujer que es, sobre falsa, hermosa!

*[Vase] MALGESÍ, y [sale] BERNARDO del Carpio, armado, y
tráele la celada un VIZCAÍNO, su escudero, con botas y fi el tro
y su espada*

BERNARDO: Aquí, fuera de camino,
podré reposar un poco.

VIZCAÍNO: Señor sabio, que estás loco,
tino vuelves desatino.

Vizcaíno que escudero
llevas contigo, te avisa
camines no tanta prisa,
paso lleves de arriero.

Tierra buscas, tierra dejas,
tanta parece hazaña,
pues, metiendo en tierra extraña,
por Dios, de propria te alejas.

Bien que en España hay que hacer;
moros tienes en fronteras,
tambores, pitos, banderas
hay allá; ya puedes ver.

BERNARDO: ¿Ya no te he dicho el intento
que a esta tierra me ha traído?

VIZCAÍNO: Curioso mucho atrevido
goza nunca pensamiento.

Bien podrás, bien podrás,
dejar mala tanto hazaña;
a las de guerra y España
llama.

BERNARDO: Ya te entiendo, Blas.

VIZCAÍNO: Bien es que sepas de yo
buenos que consejos doy;
que, por Juan Gaicoa, soy
Vizcaíno; burro, no.

Señor, mira, si es que ver
poder quieres del francés,
camino aqieste no es
derecho; puedes volver.

BERNARDO: Dicen que estas selvas son
donde se hallan de contino,

por cualquier senda o camino,
venturas de admiración,
y que en la mitad o al fin,
o al principio, o no sé dónde,
entre unos bosques se esconde
el gran padrón de Merlín,
aquel grande encantador,
que fue su padre el demonio.

VIZCAÍNO: Echado está testimonio,
y levántanle, señor.

BERNARDO: Hele de buscar y hallar,
si mil veces rodease
estas selvas.

VIZCAÍNO: Tiempo vase;
duerme, o vuelve a caminar.

BERNARDO: Vuelve, y ve si Ferraguto
viene, que se quedó atrás,
y a do quedo le dirás.

VIZCAÍNO: Escudero siempre puto.

BERNARDO: Dura y detestable guerra,
por sólo aquesto eres buena:
que en pluma vuelves la arena,
y en blanda cama la tierra.

Tú ofreces, doquier que estás,
anchos y estendidos lechos,
si no es que hay campos estrechos
por donde los pasos das.

Eres un cierto beleño
que, entre cuidados y enojos,
ofreces siempre a los ojos
blando, aunque forzoso sueño.

Eres de su calidad,
según muestra la experiencia,
madre de la diligencia,
madrastra de ociosidad.

Venid acá vos, cimera,
rica y extremada pieza,
y, pues sois de la cabeza,
servidme de cabecera,
que ya el sueño de rondón
va ocupando mis sentidos.
¡Bien dicen que los dormidos
imagen de muerte son!

Échase a dormir BERNARDO junto al padrón de Merlín, que ha de ser un mármol jaspeado, que se pueda abrir y cerrar, y a este instante parece encima de la montaña el mancebo ARGALÍA, hermano de ANGÉLICA la bella, armado y con una lanza dorada

ARGALÍA: Mucha tierra se descubre
de encima desta montaña:
de aquesta parte es campaña,
de estotra el bosque la cubre;
allí el camino blanquea,
y hasta París va derecho.
¡Si mi hermana hubiese hecho
el gran caso que desea!

Mas, si no me miente acaso
la vista, aquélla es, sin duda,
que el camino trueca y muda,
y hacia aquí endereza el paso.

Los palafrenes envía
por el camino real.
En cuanto hace, no hace mal;
recebirla es cortesía.

*[Vase] ARGALÍA y sale ANGÉLICA con los
salvajes y la DUEÑA*

ANGÉLICA: Cierto que es ésta la senda,

o no acierto bien las señas,
y a la vuelta destas peñas
sin duda está nuestra tienda.
DUEÑA: ¿Cuándo, señora, veremos
el fin de nuestros caminos?
¿Cuándo destes desatinos
a buen acuerdo saldremos?
 ¿Cuándo me veré, ¡ay de mí!,
con mi almohadilla, sentada
en estrado y descansada,
como algún tiempo me vi?
 ¿Cuándo dejaré de andar,
cuando el sol salga o tramonte,
de este monte en aquel monte,
de un lugar a otro lugar?
 ¿Cuándo de mis redomillas
veré los blancos afeites,
las unturas, los aceites,
las adobadas pasillas?
 ¿Cuándo me daré un buen rato
en reposo y sin sospecha?
Que traigo esta cara hecha
una suela de zapato.

Los crudos aires de Francia
me tienen de aqueste modo.
ANGÉLICA: Calla, que bien se hará todo.
DUEÑA: No te arriendo la ganancia;
 que según yo vi el desnudo
de aquellos dos paladines,
de tus caminos y fines
esperar buen fin no puedo.
ANGÉLICA No atinas con la verdad;
 calla, que mi hermano viene.

[Sale] ARGALÍA

ARGALÍA: ¡Oh rico archivo, do tiene
sus tesoros la beldad!
 ¿Cómo vienes, y en qué modo
has salido con tu intento?
ANGÉLICA: Midióse a mi pensamiento
la ventura casi en todo.
 Vámonos al pabellón,
que allí, de espacio y sentada,
contaré de mi embajada
el principio y conclusión.
ARGALÍA: Bien dices, hermana; ven,
que bien cerca de aquí está.
DUEÑA: La triste que cual yo va,
yo sé que no va muy bien;
 que de la madre me aprieta
un gran dolor en verdad.
Todo aquesto es frialdad
de este andar a la jineta.

[Vanse] todos, sino es BERNARDO, que aún duerme; suene música de flautas
tristes; despierta BERNARDO, ábrese el padrón, pare una figura de muerto,
y dice

ESPÍRITU: Valeroso español, cuyo alto intento
de tu patria y amigos te destierra,
vuelve a tu amado padre el pensamiento,
a quien larga prisión y oscura encierra.
A tal hazaña es gran razón que atento
estés, y no en buscar inútil guerra
por tan remotas partes y excusadas,
adonde son las dichas desdichadas.
 Tiempo vendrá que del francés valiente,
al margen de los montes Pireneos,
bajes la altiva y generosa frente
y goces de honrosísimos trofeos.
Sigue de tu ventura la corriente,

que iguala al gran valor de tus deseos;
verás como te sube tu fortuna
sobre la faz convexa de la luna.

Por ti tu patria se verá en sosiego,
libre de ajeno mando y señorío;
tú serás agua al encendido fuego
que arde en el pecho que de casto es frío.
Deja estas selvas, do caminas ciego,
llevado de un curioso desvarío.
Vuelve, vuelve, Bernardo, a do te llama
un inmortal renombre y clara fama.

De Merlín el espíritu encantado
soy, que aquí yago en esta selva obscura,
del cielo para bien y mal guardado,
aunque en mis males siempre se conjura;
y no seré deste lugar llevado
a la negra región do el llanto dura,
hasta que crucen estas selvas fieras
muchas y cristianísimas banderas.

Mil cosas se me quedan por contarte,
que otra vez te diré, porque ahora importa
detrás de aquestas ramas ocultarte,
donde será tu estada breve y corta.
A dos, que cada cual por sí es un Marte,
pondrás en paz, o mostrarás que corta
tu espada. Y, sin hablar, haz lo que digo,
y entiende que te soy y seré amigo.

*Ciérrase el padrón, éntrase en él
BERNARDO sin hablar palabra, y luego sale REINALDOS*

REINALDOS:

En vano mis pasos muevo
pues, entre estas flores tantas
no hay señales de las plantas
que por guía y norte llevo.

Que si aquí hubieran pisado,
claro estaba que este suelo
fuera un traslado del cielo,
de varias lumbres pintado.

¿Qué flor tocará la bella
planta, a mí tan dulce y cara,
que luego no se tornara,
o ya en sol, o en clara estrella?

Lejos estoy del camino
que a do está mi cielo guía,
pues este suelo no envía,
o luz clara, o olor divino.

Mas ya no tendré pereza
en buscar este sol bello,
pues me han de guiar a vello
ya su luz, ya su belleza.

Pero, ¿qué es esto, que el sueño
así me acosa y aprieta?

¡Oh fuerza libre, sujeta
a fuerzas de tan vil dueño!

Aquí me habré de acostar,
al pie deste risco yerto,
haciendo imagen de un muerto,
pues estoy para expirar.

*Recuéstase REINALDOS, pone el escudo por cabecera, y entra
luego ROLDÁN embrazado de el suyo*

ROLDÁN:

¡Tantas vueltas sin provecho!
¿Dónde, ¡oh sol!, te tramontaste
después que tu luz dejaste
en lo mejor de mi pecho?

Descúbrete, sol hermoso,
que voy buscando tu lumbre
por el llano y por la cumbre,
desalentado y ansioso.

¡Oh, Angélica, luz divina

de mi humana ceguedad,
norte cuya claridad
a nuevo ser me encamina!
 ¿Cuándo te verán mis ojos,
o cuándo, si no he de verte,
vendrá la espantosa muerte
a triunfar de mis despojos?
Mas, ¿quién es este holgazán
que duerme con tal remanso?
No hay quien no viva en descanso
sino el mísero Roldán.
 ¿Qué es esto? Reinaldos es
el que yace aquí dormido.
¡Oh primo, al mundo nacido
para grillos de mis pies,
para esposas de mis manos,
para infierno de mis glorias,
para opuesto a mis vitorias,
para hacer mis triunfos vanos,
para acíbar de mi gusto!
Mas yo haré que no lo seas:
sin que el mundo ni tú veas
que paso el término justo,
quitarte quiero la vida.
Mas, ¡ay, Roldán! ¿Cómo es esto?
¿Ansí os arrojáis tan presto
a ser traidor y homicida?
 ¿Qué decís, mal pensamiento?
¿Decísme que es mi rival,
y que consiste en su mal
todo el bien de mi tormento?
 Sí decís; mas yo sé, al fin,
que el que es buen enamorado
tiene más de pecho honrado
que de traidor y de ruin.
Yo fui Roldán sin amor,
y seré Roldán con él,
en todo tiempo fiel,
pues en todo busco honor.
 Duerme, pues, primo, en sazón;
que arrimo te sea mi escudo;
que, aunque amor vencerme pudo,
no me vence la traición.
 El tuyo quiero tomar,
porque adviertas, si despiertas,
que amistades que son ciertas
nadie las puede turbar.

*Échase ROLDÁN junto a REINALDOS y pone a su cabecera
el escudo de REINALDOS, y luego despierta REINALDOS*

REINALDOS:

 ¡Angélica! ¡Oh extraña vista!
¿No es Roldán este que veo,
y el que del bien que deseo
procura hacer la conquista?
 Él es; pero, ¿quién me puso
su escudo para mi arrimo?
Tu cortés bondad, ¡oh primo!,
sin duda que esto dispuso.
 Bien me pudieras matar,
pues durmiendo me hallaste,
por quitar aquel contraste
que en mi vida has de hallar;
 empero tu cortesía
más que amor pudo en tu pecho,
por la costumbre que has hecho
de hacer actos de hidalguía.
 Mas, ¿si fue por menosprecio
el dejarme con la vida?
No, por ser cosa sabida
que yo soy hombre de precio;
 y tú mismo lo has probado
una y otra vez y ciento.

No atino cuál pensamiento

tenga por más acertado:

si me deja de arrogante,
o si fue por amistad;
que tal vez la deslealtad
vive en el celoso amante.

¡Oh! Si aquéste me dejase
señero en mi pretensión,
con el alma y corazón,
¡vive Dios!, que le adorase;
pero si no, no imagines,
primo, que por tu bondad
dejará mi voluntad
de seguir sus dulces fines.

Y de aquesta intención mía
no me debes de culpar,
porque el amor y el reinar
nunca admiten compañía.

Seguramente a mi lado
pudiste echarte a dormir,
pues no se puede herir
un hombre que es encantado;
y así, la ocasión quitaste
que tu sueño me ofrecía,
para usar la cortesía
de que tú conmigo usaste.

Pero, despierto, veremos
tu intención a dó se inclina;
y si donde yo camina,
pondré medio en sus extremos.

Irá el parentesco afuera,
la cortesía a una parte,
si bajase el mismo Marte
a impedirlo de su esfera.

¡Ah, Roldán! ¡Roldán, despierta!,
que es gran descuido el que tienes,
y más si, por dicha, vienes
donde mi sospecha acierta.

Toma tu escudo, y el mío
me vuelve. ¡Despierta agora!

[Como soñando]

[ROLDÁN]: ¡Ay, Angélica, señora
de mi vida y mi albedrío!
 ¿A dó se esconde tu faz
que todo mi bien encierra?
REINALDOS: Declarada es nuestra guerra,
y perdida nuestra paz.
 ¡Roldán, acaba, levanta;
destroquemos los escudos!

[Entre sueños]

ROLDÁN: ¡Con qué dulces, ciegos nudos
me añudaste la garganta;
 la voluntad decir quiero,
y el alma que te entregué!
REINALDOS: ¡Si no despiertas, a fe
que te despierte este acero,
 y aun te mate, pues me matas,
ahora duermas, ahora veles!
Estos intentos crüeles
nacen de entrañas ingratas.
 Estoy por dejar de ser
quien soy. ¡Acudid al punto,
respetos, que está difunto
mi acertado proceder!
 ¡Ansias que me consumís,
sospechas que me cansáis,

recelos que me acabáis,
celos que me pervertís!

ROLDÁN despierta

ROLDÁN: Reinaldos, ¿qué quies hacer?
REINALDOS: ¡Deshacerme, o deshacerte!
ROLDÁN: ¿Quieres, primo, darme muerte?
REINALDOS: Tu vida está en mi querer.
ROLDÁN: ¿Cómo en mi querer?
REINALDOS: Dirélo:
no más de en querer decirme
si vienes a perseguirme
en la busca de mi cielo;
si es tu venida a buscar
a Angélica. ¿No me entiendes?
ROLDÁN: ¿De saber lo que pretendes...?
REINALDOS: ¡Acabarte, o acabar!
ROLDÁN: ¿Tanto el vivir te embaraza,
que tras tu muerte caminas?
REINALDOS: Profeta falso, adivinas
el mal que así te amenaza.
ROLDÁN: Contigo las cortesías
siempre fueron por demás.
REINALDOS: Dame mi escudo, y verás
como siempre desvarías.
Si a París no te vuelves,
verás también en un punto
tu culpa y castigo junto.
ROLDÁN: ¡Fácilmente te resuelves!
Ni a París he de volver,
ni a Angélica he de dejar.
Mira qué quieres.
REINALDOS: Cortar
tu insolente proceder.
¡Desharéte entre mis brazos,
aunque seas encantado!
ROLDÁN: ¡Eres villano atestado,
y quieres luchar a brazos!
REINALDOS: ¡Mientes! Y ven con la espada,
que, aunque seas de diamante,
verás, infame arrogante,
mi verdad averiguada!

*Vanse a herir con las espadas; salen del hueco del teatro llamas
de fuego, que no los deja llegar*

ROLDÁN: Bien sé que anda por aquí,
temeroso de tu muerte,
mas no ha de poder valerte,
tu hechicero Malgesí;
que pasaré de Aqueronte
la barca por castigarte.
REINALDOS: Yo pondré por alcanzarte
un monte sobre otro monte;
arrojaréme en el fuego,
como ves que aquí lo hago.
ROLDÁN: No te deja dar tu pago
tu hermano.
REINALDOS: ¡Pues déel reniego!

Di ce el ESPÍRITU de Merlín

ESPÍRITU: Fuerte Bernardo, sal fuera,
y a los dos en paz pondrás.

Sal e BERNARDO

BERNARDO: ¡Caballeros, no haya más!
¡Guerreros fuertes, afuera!

REINALDOS: ¿Hate el cielo aquí llovido?
¿Qué quieres, o qué nos mandas?

BERNARDO: Son tan justas mis demandas,
que he de ser obedecido.
Y es que dejéis la dudosa
lid de tan esquivo trance.

REINALDOS: Tú has echado muy buen lance,
y la demanda es donosa.
¿Eres español, a dicha?

BERNARDO: Por dicha, soy español.

REINALDOS: Vete, porque sólo el sol
ha de ver nuestra desdicha;
que no queremos testigos
más que el sol en la lid nuestra.

BERNARDO: No me he de ir sin que la diestra
os déis de buenos amigos.

ROLDÁN: ¡Pesado estás!

BERNARDO: Más pesados
estáis los dos, si advertís.

REINALDOS: Español, ¿cómo no os is?

BERNARDO: Por corteses o rogados,
vuestra quistión, por ahora,
no ha de pasar adelante.

ROLDÁN: Yo soy el señor de Aglante.

REINALDOS: Yo, Reinaldos.

BERNARDO: Sea en buen hora;
que ser quien sois os obliga
a conceder con mi ruego.

ROLDÁN: Esa razón no la niego.

REINALDOS: Este español me atosiga;
que siempre aquesta nación
fue arrogante y porfiada.

ROLDÁN: Señor, pues que no os va nada,
no impedáis nuestra quistión;
dejadnos llevar al fin
nuestro deseo, que es justo.

BERNARDO: Aquése fuera mi gusto,
a serlo así el de Merlín.

ROLDÁN: ¡Oh cuerpo de San Dionís,
con el español marrano!

BERNARDO: ¡Mientes, infame villano!

REINALDOS: A plomo cayó el mentís.
¡Afuera, Roldán, no más!

ROLDÁN: ¡Deja, que me abraso en ira!
¿Qué es esto? ¿Quién me retira?
¿El pie de Roldán atrás?
¿Roldán el pie atrás? ¿Qué es esto?
¡Ni huyo, ni me retiro!

REINALDOS: De Merlín es este tiro.

BERNARDO: Pues yo haré que huyáis presto.

*Vase retirando ROLDÁN hacia atrás, y sube por la
montaña como por fuerza de oculta virtud*

REINALDOS: ¡Por cierto, a gentiles manos
te ha traído tu fortuna!

BERNARDO: Manos, yo no veo ninguna;
pies, sí, ligeros y sanos,
y que os importa tenellos
para huir de mi presencia.

REINALDOS: ¡Sin igual es tu insolencia!

*Sube BERNARDO por la peña arriba, siguiendo a ROLDÁN, y va
tras él REINALDOS. Sale MARFISA, armada ricamente; trae por timbre
una ave Fénix y una águila blanca pintada en el escudo, y, mirando
subir a los tres de la montaña, con las espadas desnudas y que se
acaban de desaparecer, dice*

MARFISA: ¿Si se combaten aquéllos?
Si hacen, ponerlos quiero
en paz, si fuere posible.

¡Oh, qué montaña terrible!
Subir por ella no espero,
ni podré a caballo ir,
aunque le vuelva a tomar;
mas, con todo, he de probar
el trabajo del subir.

Bien se queda en la espesura
mi caballo hasta que vuelva;
nunca falta en esta selva
o buena o mala ventura.

*Sube MARFISA por la montaña, y vuelven a salir al teatro,
riñendo, ROLDÁN, BERNARDO y REINALDOS*

ROLDÁN: No sé yo cómo sea
que contra ti no tengo alguna saña,
ni puedo en tal pelea
mover la espada. ¡Cosa es ésta extraña!

BERNARDO: La razón que me ayuda
pone tus fuerzas y tu esfuerzo en duda.

REINALDOS: De Merlín es el hecho,
que no hay razón que valga con su encanto;
que, aunque fuera su pecho
león en furia y en dureza un canto,
si hechiceros no hubiera,
nunca mi primo atrás el pie volviera.

*[Sale] ANGÉLICA, llorando, y con ella el VIZCAÍNO,
escudero de BERNARDO*

VIZCAÍNO: ¡Pardiós, echóte al río!
¡Tienes Granada, bravo Ferraguto!

ANGÉLICA: ¡Ay, triste hermano mío!

ROLDÁN: ¿Por qué ese cielo al suelo da tributo
de lágrimas tan bellas,
si el mismo cielo se le debe a ellas?

ANGÉLICA: Un español ha muerto
a mi querido hermano; y es un moro
que no guardó el concierto
debido a la milicia y su decoro,
y arrojóle en un río.

ROLDÁN: ¿Quién es el moro?

BERNARDO: Es un amigo mío.

ROLDÁN: ¿Amigo tuyo? ¡Oh perro,
tú llevarás de su maldad la pena!

REINALDOS: Roldán, no hagas tal yerro;
deja a mí el castigo.

ANGÉLICA: Aquí se ordena
mi muerte, y más desdicha
si de los dos me coge alguno, a dicha.
A esta selva oscura
quiero entregar ya mis ligeras plantas,
mi guarda y mi ventura.

BERNARDO: ¿Cómo, Reinaldos, di, no te adelantas
a herirme con tu primo?
Por la honra, la vida en poco estimo.

*Sal e MARFISA, poniendo paz y poniendo mano a la espada;
[vase] huyendo ANGÉLICA*

MARFISA: ¿Qué es esto? ¡Afuera, afuera;
afuera, caballeros!, que os lo pide
quien mandarlo pudiera;
que, si no es que mi luz la vista impide,
mirando esta divisa,
veréis que soy la sin igual Marfisa.

VIZCAÍNO: La puta, la doncella,
se es ida.

ROLDÁN: ¡Oh nunca vista desventura!;
forzoso he de ir tras ella.

REINALDOS: Yo sí; tú no.

JORNADA SEGUNDA

*Sale LAUSO, pastor, por una parte de la montaña, con su guitarra, y
CORINTO, por la otra, con otra*

LAUSO: ¡Ah Corinto, Corinto!
CORINTO: ¿Quién me llama?
LAUSO: Lauso, tu amigo.
LAUSO: ¿No miras?
CORINTO: Algún árbol te encubre, alguna rama,
 o estás en el lugar donde suspiras
 cuando Clori te muestra el rostro airado,
 y en solitaria parte te retiras.
 Baja, si quieres, Lauso, al verde prado,
 en tanto que de Febo la carrera
 declina desta cumbre al otro lado.
 Cantaremos de Clori lisonjera,
 al pie de un verde sauce o murto umbroso,
 que pasa el pensamiento en ser ligera.
LAUSO: Ya abajo; pero no a buscar reposo,
 sino a cumplir lo que amistad me obliga
 y a pasar a la sombra el sol fogoso;
 que en tanto que la dulce mi enemiga
 se esté fortalecida en su dureza
 no hay mal que huya ni placer que siga.

Bajan los dos de la montaña

CORINTO: Pesado contrapeso es la pobreza
 para volar de amor, ¡oh Lauso!, al cielo,
 aunque tengas cien alas de firmeza.
 No hay amor que se abata ya al señuelo
 de un ingenio sutil, de un tierno pecho,
 de un raro proceder, de un casto celo.
 Granjería común amor se ha hecho,
 y dél hay feria franca dondequiera,
 do cada cual atiende a su provecho.
LAUSO: ¡Oh Clori, para mí serpiente fiera
 por mi estrechez, aunque paloma mansa
 para un alma de piedra verdadera!
 ¿Que es posible, cruel, que no te cansa
 de Rústico el ingenio, que es de robre,
 y que el tuyo estimado en él descansa?
CORINTO: Vuélvese el oro más cendrado en cobre,
 y el ingenio más claro en tonta ciencia,
 si le toca o le tiene el hombre pobre,
 y desto es buen testigo la experiencia.
 Pero escucha; que cantan en la sierra,
 y aun es la voz bien para dalle audiencia.

*Canta CLORI en la montaña, y sale cogiendo
flores*

[CLORI]: Derramastes el agua, la niña,
 y no dijistes: "¡Agua va!"
 La justicia os prenderá.
LAUSO: De aquella que el placer de mí destierra
 es el suave y regalado acento,
 y aun quien sus gustos el amor encierra.
CORINTO: Escuchémosla, pues.
LAUSO: Ya estoy atento.
CLORI: Derramásteisla a deshora,
 y fue con tan poca cuenta,
 que mojastes con afrenta
 al que os sirve y os adora.

*Pero llegada la hora
donde el daño se sabrá,
la justicia os prenderá.*

LAUSO: Bien es que la ayudemos:
acuerda con el mío tu instrumento.
CORINTO: Yo creo que está bien; mas, ¿qué diremos?
LAUSO: Su mismo villancico, trastrocado,
cual tú sabrás hacer.
CORINTO: Los dos le haremos.

Canta CORINTO

CORINTO: *Cautivástesme el alma, la niña,
y tenésla siempre allá;
el Amor me vengará.
Vuestros ojos salteadores,
sin ser de nadie impedidos,
se entraron por mis sentidos,
y se hicieron salteadores;
Llevaronme los mejores,
y tenéslas siempre allá;
el Amor me vengará.*

LAUSO: Así, Clori gentil, te ofrezca el prado,
en mitad del invierno, flores bellas,
y cuando el campo esté más agostado;
y que siempre te halles al cogellas
con el júbilo alegre que nos muestra
la voz con que se ahuyentan mis querellas;
que esa rara beldad, que nos adiestra
a conocer al Hacedor del cielo,
en este sitio haga alegre muestra.
Volverás paraíso a questo suelo,
y este calor que nos abrasa, ardiente,
en aura blanda y regalado yelo.

CLORI: Porque no es tu demanda impertinente,
cual otras veces suele, haré tu gusto,
que es en todo del mío diferente.

CORINTO: Dime, Clori gentil, ¿dó está el robusto,
el bronce, el roble, el mármol, leño o tronco
que así a tu gusto le ha venido al justo?
Por aquel, digo, desarmado y bronco,
calzado de la frente y de pies ancho,
corto de zancas y de pecho ronco,
cuyo dios es el estendido pancho,
y a do tiene la crápula su estancia,
él tiene siempre su manida y rancho.

CLORI: Con él tengo, Corinto, más ganancia
que contigo, con Lauso y con Riselo,
que vendéis discreción con arrogancia.
Rústica el alma, y rústico es el velo
que al alma cubre, y Rústico es el nombre
del pastor que me tiene por su cielo.
Mas, por rústico que es, en fin es hombre
que de sus manos llueve plata y oro,
Júpiter nuevo, y con mejor renombre.
Él guarda de mis gustos el decoro,
ora le envíe al blanco cita frío
o al tostado, engañoso libio moro.
Tiene por justa ley el gusto mío,
y el levantado cuello humilde inclina
al yugo que le pone mi albedrío.
No tiene el rico Oriente otra tal mina
como es la que yo saco de sus manos,
ora cruel me muestre, ora benigna.
Quédense los pastores cortesanos
con la melifluidad de sus razones
y dichos, aunque agudos, siempre vanos.
No se sustenta el cuerpo de intenciones,
ni de conceptos trasnochados hace
sus muchas y forzosas provisiones.

El rústico, si es rico, satisface
aun a los ojos del entendimiento
y el más sabio, si es pobre, en nada aplace.

Dirán Corinto y Lauso que yo miento,
y muestra la experiencia lo contrario,
y Rústico lo sabe, y yo lo siento.

LAUSO: Es gusto de mujeres ordinario,
en lo que es opinión, tener la parte
que más descubra ser su ingenio vario.

Quisiera dese error, Clori, sacarte;
mas ya estás pertinaz en tu locura,
y en vano será agora predicarte.

CORINTO: Así, pastora, goces tu hermosura,
que me dejes hacer una experiencia;
quizá te hará volver a tu locura.

Verás, pastora, al vivo la inocencia
de Rústico, el pastor, por quien nos dejas.
¿Para qué es el pedirme a mí licencia?

CLORI: Paréceme que llega a mis or[e]jas
de Rústico la voz.

LAUSO: Él es, sin duda,
CORINTO: que a sestear recoge sus ovejas.

RÚSTICO parece por la montaña

RÚSTICO: Mirad si se cayó en aquella azuda
una oveja, pastores; corred luego,
y cada cual a su remedio acuda.

Dejad, mal hora, del herrón el juego.
Aguija, Coridón. ¡Oh, cómo corre!
¡Quién quitara a Damón de su sosiego!

Llegó; ya se arrojó; ya la socorre
y la saca en los brazos medio muerta,
y parece que un río de ambos corre.

Esta noche tú, ¡hola!, está alerta,
no venga, como hizo en la pasada,
el lobo que la ca bra dejó muerta.

Tú acudirás, Cloanto, a la majada
del valle de la Enceña, y darás orden
que estén todos aquí de madrugada.

¡Oh Compo! Tú harás que se concorden
en el pasto Corbato con Francenio;
que me da pesadumbre su desorden.

CLORI: ¡Mirad si tiene Rústico el ingenio
para mandar acomodado y presto!

RÚSTICO: Tú acude a las colmenas, buen Partenio.

Llévese de las vacas todo el resto
al padrón de Merlín, y de las cabras
al monte o soto de ciprés funesto.

CLORI: ¿Parécenos de pobre las palabras
que dice?

CORINTO: Pues aquí, en esta espesura,
te has de esconder, y mira que no abras
la boca, porque importa a la aventura
que queremos probar de nuestro intento,
por ver si es suya o nuestra la locura.

CLORI: Yo enmudezco y me escondo, y vuestro cuento
sea, si puede ser, breve y ligero;
que, si es pesado y grande, da tormento.

Escóndese CLORI

LAUSO: Corinto, ¿qué has de hacer?

CORINTO: Estáme atento.

RÚSTICO: Rústico amigo, al llano abaja; aguija,
que es cosa que te importa; corre, corre.
Ya voy, Corinto amigo; espera, espera
mientras que cuento un centenar de bueyes,
y tres hatos de ovejas, y otros cinco
de cabras desde encima deste pico
do estoy sentado. ¿No me ves?

RÚSTICO: Ya está bien limpia.
CORINTO: Agora sí. ¡Dichoso aquel que llega
a descubrir tan codiciosa prenda!
RÚSTICO: ¡Donosa está la burla! Di, Corinto:
¿es ése el papagayo?
CORINTO: Éste es el pico;
las alas, éstas; éstas, las orejas
del asno de mi Rústico y amigo.
RÚSTICO: ¡Desátente, que a fe que yo me vengue!

Sale CLORI

CLORI: ¡Ah simple, ah simple!
RÚSTICO: ¿Y haslo visto, Clori?
Por ti la burla siento, y no por otr[o].
CLORI: Calla, que para aquello que me sirves,
más sabes que trecientos Salomones.
Di que se vista Lauso desta burla,
o que compre Corinto algún tributo,
o me envíe mañana una patena
y unos ricos corales, como espero
que podrás y querrás, con tu simpleza,
enviármelos luego.
RÚSTICO: ¿Y cómo, Clori?
Y aun dos sartas de perlas hermosísimas.
CLORI: ¿Compárase con esto algún soneto,
Lauso? Y dime, Corinto: ¿habrá sonada,
aunque se cante a tres ni aun a trecientos,
que a la patena y sartas se compare?
LAUSO: Eres mujer y sigues tu costumbre.
CLORI: Sigo lo que es razón.
LAUSO: Será milagro
hallarla en las mujeres.
CLORI: ¿Qué razones
puede decir la lengua que se mueve
guiñada del desdén y de los celos?
Tú eres la causa.

Entra ANGÉLICA, alborotada

ANGÉLICA: ¡Socorredme, cielos!

Si en vuestros pechos mora
misericordia alguna!
Hermosa y agradable compañía:
en mí os ofrece agora
el cielo y la fortuna,
sujeto igual a vuestra cortesía;
que, la desdicha mía
sabida, me asegura
que podrá enterneceros
y al remedio moveros,
si es que le tiene tanta desventura.
CLORI: Señora, di: ¿qué tienes?
ANGÉLICA: Sin tasa males, y ningunos bienes.
Pero no estoy en tiempo
en que pueda contaros
de mi dolor la parte más pequeña;
ni vuestro pasatiempo
será bien estorbaros
contando el mal que ablandará esta peña.
¿No hay por aquí una breña
donde me esconda, amigos?
LAUSO: Luego, ¿quies esconderte?
¿Quién podrá aquí ofenderte?
Angélica Persíguenme dos bravos enemigos.
CORINTO: ¿No somos tres nosotros?
ANGÉLICA: Ni aun a tres mil no temerán los otros.

Llevadme a vuestras chozas,
mudadme este vestido;
amigos, escondedme.

LAUSO: No te espantes.
¿Para qué te alborozas,
si has a parte venido
do se estiman en poco los gigantes?
Montalbanes y Aglantes
se tienen aquí en nada;
porque, ¡por Dios!, si quiero,
que los compre a dinero.
Angélica ¡Hoy acaba mi vida su jornada!
Corinto ¿Quieres que te escondamos?
RÚSTICO: ¿Dice que sí?
LAUSO: Pues, ¡sus!, ¿en qué tardamos?
Ven; mudarás de traje
y de lugar y todo.
ANGÉLICA: De mis contrarios casi veo la sombra.
CORINTO: Parece de linaje,
y su habla y su modo
a mí me admira.

RÚSTICO: Pues a mí me asombra.

[Vanse] ANGÉLICA y LAUSO

CORINTO: ¿Sabéis cómo se nombra?
RÚSTICO: Pues, ¿cómo he de sabello?
CORINTO: Busca algún nuevo ensayo.
CORINTO: Buscaré un papagayo
que me lo diga.
CLORI: Ganarás en ello.
CORINTO: Ganarás tú patenas.
CLORI: Siempre tus burlas para mí son buenas.

[Vanse] todos, y sale REINALDOS

REINALDOS
¿Eres Dafne, por ventura,
que de Apolo va huyendo,
o eres Juno, que procura
librarse del monstruo horrendo
cerrada en la nube oscura?
¡Oh selvas de encantos llenas,
do jamás se ha visto apenas
cosa en su ser verdadero,
contar de vosotras quiero
aun las menudas arenas!
Quizá esta fiera homicida,
que cual sombra desaparece
porque padezca mi vida,
adonde menos se ofrece
la tendrá amor escondida.
De nuevo vuelvan mis plantas
a buscar entre estas plantas
a la bella fugitiva.
¡Dura ocasión, que yo viva
muriendo de muertes tantas!

Crujidos de cadenas, ayes y suspiros dentro

¡Válgame Dios! ¿Qué ruido
es este que suena extraño?
¿Estoy despierto, o dormido?
¿Engañome o no me engaño?
Otra vez llega al oído.
De entre estas hojas entiendo
que sale el horrible estruendo.
Mas, ¡ay!, ¿qué boca espantosa,
terrible y extraña cosa,
es aquesta que estoy viendo?
Mientras más vomitas llamas,
boca horrenda o cueva oscura,
más me incitas y me inflamas.
A ver si en esta aventura
para algún buen fin me llamas.

Descúbrese la boca de la sierpe

Acógeme allá en tu centro,
porque por tus fuegos entro
a tu estómago de azufre.

*MALGESÍ, vestido como di ré, sale por la boca de la
sierpe*

MALGESÍ: ¿Adónde a questo se sufre?
REINALDOS: ¡Este sí que es mal encuentro!
 ¿Quién eres?
MALGESÍ: Soy el Horror,
 portero de aquesta puerta,
 adonde vive el temor
 y la sospecha más cierta
 que engendra el cielo de amor.
 Soy ministro de los duelos,
 embajador de los celos,
 que habitan en esta cueva.
REINALDOS: Pues adonde están me lleva.
MALGESÍ: Espera, y avisarélos.
 Mas primero has de mirar
 las guardas que puestas tiene
 en este triste lugar,
 y esto es lo que te conviene.
REINALDOS: Comiéntalas a mostrar;
 que, aunque me muestras cifrados
 en ellas los condenados
 rostros que encierra el abismo,
 seré en este trance el mismo
 que he sido en los regalados.

*Suena dentro música triste, como la pasada del padrón; sale el TEMOR,
vestido como di ré, con una tuni cel a parda, ceñida con
culebras*

MALGESÍ: Esta figura que ves
 es el Temor sospechoso,
 que engendra ajeno interés,
 impertinente curioso,
 que mira siempre al través;
 y así, el mezquino se admira
 de cada cosa que mira,
 ora sea mala o buena;
 la verdad le causa pena,
 y tiembla con la mentira.

Sal e la SOSPECHA, con una tuni cel a de varias colores

Ésta es la infame Sospecha,
de los Celos muy parienta,
toda de contrarios hecha,
siempre de saber sedienta
lo que menos le aprovecha.
Aquí nace, y muere allí,
y torna a nacer aquí;
tiene mil padres a un punto:
éste, vivo; aquél, difunto,
y ella vive y muere así.

Sal e CURIOSIDAD

La vana Curiosidad
es ésta que ves presente,
hija de la Livandad,
con cien ojos en la frente,
y los más con ceguedad.

Es en todo entremetida,
y susténtale la vida
estar contino despierta,
y hace la guarda a una puerta
de muy difícil salida.

*Con una sogá a la garganta y una daga desenvainada en la mano,
sale la DESESPERACIÓN, como di ré*

Es la Desesperación
esta espantosa figura,
sobre todas cuantas son,
y, aunque es mala su hechura,
es peor su condición.

Ésta sigue las pisadas
de los Celos, desdichadas,
y anda tan junto con ellos,
que desde aquí puedes vellos
si cesan las llamaradas.

*Suena la música triste, y salen los CELOS, como di ré, con una
tunicela azul, pintada[s] en ella sierpes y lagartos, con una
cabellera blanca, negra y azul*

Mas veslos, salen: advierte
que cuanto con ellos miras
amenazan triste suerte,
ciertos y luengos pesares
y, al fin, desdichada muerte.

Todos sus secuaces son,
puestos en comparación,
de sus males una sombra
que, puesto que nos asombra,
no desmaya al corazón.

Toca su mano y verás
en el estado que quedas,
diferente del que estás;
y tal quedes, que no puedas
ni quieras ya querer más.

Toca los CELOS la mano a REINALDOS

REINALDOS: ¡Celos, que se me abrasa el pecho
y se cela! ¡En duro estrecho
me pone el señor de Aglante!
¡Celos, quitáosme delante:
basta el mal que me habéis hecho!

MALGESÍ: ¿Cómo que con la invención
de quien yo tanto fié
no se cela el corazón
de mi primo? Yo no sé
la causa ni la razón.

Di ce de dentro [el ESPÍRITU de] Merlín

[ESPÍRITU]: Malgesí, ¡cuán poco sabes!
Mas yo haré que no te alabes
de tu invención, aunque extraña.
Pártete desta montaña
antes que la vida acabes.

MALGESÍ: Ya te conozco, Merlín;
pero yo veré si puedo
ver de mi deseo el fin,
porque no me pone miedo
desa tu voz el retín.

[ESPÍRITU]: A tu primo entre esa yerba
pondrás, que a mí se reserva
y a mi fuente su salud;
que hasta agora su virtud

el cielo en ella conserva.

MALGESÍ:

Volveos por do venistes,
figuras feas y tristes,
que mi primo quedará
adonde esperar podrá
el remedio que no distes.

[Vanse] Las sombras

Y yo, en tanto, buscaré
medio para remedialle,
y creo que lo hallaré.

Desvía de allí a REINALDOS

[ESPÍRITU]:

Calla y procura dejalle,
Malgesí.

MALGESÍ:

Así lo haré.

*[Vase] MALGESÍ. Parece a este instante el carro [de] fuego,
de los leones de la montaña, y en él la diosa VENUS*

VENUS:

De Adonis la compañía
dejo casi de mi grado
por seguir la fantasía
de este espíritu encantado
que en apremiarme porfía.

Espérame hasta que vuelva,
mi Adonis, y amor resuelv[a]
tu brío, que no le alabo;
mira que es el puerco bravo
de la Calidonia selva.

Pero, ¿qué puedo hacer
sin mi hijo en este trance,
donde tanto es menester?
Merlín ha errado este lance;
que a veces yerra el saber.

Mas yo le quiero llamar,
que a las veces suele estar
mezclado entre los pastores,
y entonces son los amores
para mirar y admirar.

Hijo mío, ¿dónde estáis?
Si acaso la voz oís,
y como a madre me amáis,
decid: ¿cómo no venís?,
que si venís, ya tardáis.

Mas los músicos acentos
que van rompiendo los vientos
su venida manifiestan.
¡Oh hijo, y cuánto que cuestan
aun tus fingidos contentos!

*Suena música de chirrías; sale la nube, y en ella el dios
CUPIDO, vestido y con alas, flecha y arco desarmado*

[CUPIDO]:

¿Qué quieres, madre querida,
que con tal priesa me llamas?

VENUS:

Está en peligro una vida,
ardiendo en tus vivas llamas,
y en un yelo consumida.

Los celos, que en opinión
están que tus hijos son,
ciego y simple desvarío,
le tienen el pecho frío
y abrasado el corazón.

Conviene que te resuelvas
en su bien, y que le vuelvas
en su antigua libertad.

[CUPIDO]: Remedio a su enfermedad
ha de hallar en estas selvas.
Por tiempo hallará una fuente,
cuyo corriente templado
apaga mi fuego ardiente,
y mi pena enamorada
vuelve en desdén insolente.
Beberá Reinaldos della,
y de Angélica la bella,
la hermosura que así quiere,
si agora por vella muere,
ha de morir por no vella.
Levanta, guerrero invicto,
y tiende otra vez el paso
cerca de aqueste distrito,
que en él hallarás acaso
medio a tu mal infinito.
Aunque has de pasar primero
trances que callarlos quiero,
pues decillos no conviene.

REINALDOS: Aquél que celos no tiene,
no tiene amor verdadero.

[Vase] REINALDOS

VENUS: Ya aqueste negocio es hecho.
¿No me dirás, hijo amado,
si es invención de provecho
andar en traje no usado
y el arco roto y deshecho?
¿Quién te le rompió? ¿Y quién pudo
cubrir tu cuerpo desnudo,
que su libertad mostraba?
¿Quién te ha quitado el aljaba
y la venda? Di; ¿estás mudo?

[CUPIDO]: Has de saber, madre mía,
que en la corte donde he estado
no hay amor sin granjería,
y el interés se ha usurpado
mi reino y mi monarquía.

Yo, viendo que mi poder
poco me podía valer,
usé de astucia, y vestíme,
y con él entremetíme,
y todo fue menester.

Quité a mis alas el pelo,
y en su lugar me dispuse,
a volar con terciopelo;
y, al instante que lo puse,
sentí aligerar mi vuelo.

Del carcaj hice bolsón,
y del dorado arpón
de cada flecha, un escudo,
y con esto, y no ir desnudo,
alcancé mi pretensión.

Hallé entradas en los pechos
que a la vista parecían
de acero o de mármol hechos;
pero luego se rendían
al golpe de mis provechos.

No valen en nuestros días
las antiguas bizarrías
de Heros ni de Leandros,
y valen dos Alejandro
más que docientos Macías.

[Sale] RÚSTICO

RÚSTICO: Lauso, acude; y tú, Corinto,
acude, que, a lo que creo,
otro papagayo veo,
o si no, pájaro pinto.

Acude, Clori, y verás
la verdad de lo que digo;
y trae a esotra contigo,
y más, si quisieres más.

[CUPIDO]: Yo sé bien que estos pastores
nos han de dar un buen rato.

[Salen] LAUSO, CORINTO y CLORI, y ANGÉLICA, como
pastora

LAUSO: ¿Tú no miras, insensato,
que aquél es el dios de amor[es]?
RÚSTICO: Como con alas le vi,
entendí que era alcotán.
CORINTO: ¡Quítate de aquí, pausán!
RÚSTICO: ¿Pues yo qué te hago aquí?
CORINTO: No te me pongas delante,
que quiero hacer reverencia
a este niño.
RÚSTICO: ¡Qué inocencia!
¿Niño es éste?
CORINTO: Y es gigante.

RÚSTICO: Niñazo le llamo yo,
pues ya le apunta el bigote.
No os burléis con el cogote.
¡Mal haya quien me vistió!

[CUPIDO]: No quiero que me hagáis,
buena gente, sacrificio,
y téngeos en gran servicio
la voluntad que mostráis;
y en pago quiero deciros
la ventura que os espera.

VENUS: Harás, hijo, de manera
que den vado a sus suspiros.

[CUPIDO]: Tú, Lauso, jamás serás
desechado ni admitido;
tú, Corinto, da al olvido
tu pretensión desde hoy más;
Rústico, mientras tuviere
riquezas, tendrá contento:
mudará cada momento
Clori el bien que poseyere;
la pastora disfrazada
suplicará a quien la ruega.
Y, esto dicho, el fin se llega
de dar fin a esta jornada.

LAUSO: En tanto, Amor, que te vas,
porque algún contento goces,
de nuestras rústicas voces
el rústico acento oirás.

Corinto y Clori, ayudadme;
cantaréis lo que diré.

CLORI: ¿Qué hemos de cantar?
CORINTO: No sé.
LAUSO: Diréis después, y escuchadme.

*Venga norabuena
Cupido a nuestras selvas,
norabuena venga.
Sea bi enveni do
médico tan grave,
que así curar sabe
de desdén y olvido;
hémole entendi do,
y lo que él ordena
sea norabuena.
Quedan estas peñas
ricas de ventura,
pues tanta hermosura
hoy en ella enseñas.
Brotarán sus breñas*

BERNARDO: Deciende acá y lo verás.
 ROLDÁN: ¡Oh Angélica!, ¿dónde estás?
 ESCUDERO: ¿Ves si le abrasa su llama?
 ROLDÁN: ¿Qué me quieres, caballero?
 BERNARDO: ¿No me conoces?
 ROLDÁN: No, cierto.
 ESCUDERO: Bien en lo que digo acierto:
 él es de amor prisionero.
 Haré yo una buena apuesta
 que está puesto en tal abismo,
 que no sabe de sí mismo.
 BERNARDO: ¿Hay cosa que iguale a ésta?
 ¿Que no me conoces?
 ROLDÁN: No.
 BERNARDO: Pues yo te conozco a ti.
 ¿No eres Roldán?
 ROLDÁN: Creo que sí.
 ESCUDERO: Mirad si lo digo yo.
 En "creo" pone si es él;
 ¡cuál le tiene Amor esquivo!
 BERNARDO: El estar tan pensativo
 nos muestra su mal cruel.
 ¡Ah, Roldán, señor, señor!
 ROLDÁN: ¿Habláis conmigo, por dicha?
 BERNARDO: ¡Ésta si que es gran desdicha!
 ESCUDERO: Como desdicha de amor.
 ¡Extraño embelesamiento!
 ROLDÁN: ¡Oh Angélica dulce y cara!
 ¿Adónde escondes la cara,
 que es gloria de mi tormento?
 El corazón se me quema,
 ¡oh Angélica, mi reposo!
 ESCUDERO: Deste sermón amoroso,
 esta Angélica es el tema.
 Parece que está en ser
 que puedes desafíalle.
 BERNARDO: Quisiera yo remedíalle
 si lo pudiera hacer.

Parece ANAGÉLICA, y va tras ella ROLDÁN; pónese en la tramoya y desaparece, y a la vuelta parece la MALA FAMA, vestida como diré, con una tunicela negra, una trompeta negra en la mano, y alas negras y cabellera negra

ROLDÁN: ¿No es aquél mi cielo, cielos?
 Él es, pero ya se encubre;
 pues, cuando él se me descubre
 es porque me cubran duelos.
 Tras ti voy, nueva Atalanta;
 que, si quiere socorrerme
 amor, puede aquí ponerme
 mil alas en cada planta.
 Mi sol, ¿dó te transmuntaste,
 y qué sombra te sucede?
 Mas, bien es que en noche quede
 el que de tu luz privaste.
 BERNARDO: De aventuras están llenas
 estas selvas, según veo.
 ESCUDERO: Viendo estoy lo que no creo.
 BERNARDO: ¡Calla!
 ESCUDERO: No respiro apenas.

MALA FAMA: Detén el paso, senador romano,
 y aun la intención pudieras detenella,
 si tras sí, en vuelo presuroso y vano,
 no la llevara Angélica la bella.
 ¿Mas tu consejo y proceder liviano
 así la entregas, que cebado en ella
 quieres que quede, ¡oh grave desventura!,
 tu clara fama para siempre obscura?
 La Mala Fama soy, que tiene cuenta
 con las torpezas de excelentes hombres
 para entregallas a perpetua afrenta,

y a viva muerte sus subidos nombres.
Mi mano en este libro negro asienta,
borrando la altivez de sus renombres,
los hechos malos que en el tiempo hicieron
cuando de amor la vana ley siguieron.

Aquí está el grande Alcides, no cortando
de la hidra lerneas las cabezas,
sino a los pies de Deyanira hilando,
con mujeriles paños y ternezas.
Está el rey Salomón; mas no juzgando
las diferencias faltas de certezas,
sino dando ocasión por mil razones
que esté su salvación en opiniones.

Uno de aquel famoso triunvirato
aquí le tengo escrito y señalado,
cuando, a su patria y a su honor ingrato,
cegó en la luz del rostro delicado.
En mitad de la pompa y aparato
del bélico furor, de miedo armado,
los ojos vuelve y ánimo a la nueva
Angélica egipciana que le lleva.

Es infinito el número que encierran
aquestas negras hojas de los hechos
de aquellos que su nombre y fama atierran,
porque amor sujetó sus duros pechos;
y si tú quieres ser de los que yerran,
aunque están los renglones tan estrechos,
ancho lugar haré para que escriba
tu nombre, y en infamia eterna viva.

Vuélvese la tramoya

ROLDÁN: Yo mudaré parecer,
a pesar de lo que quiero.
BERNARDO: ¿Conocéisme, caballero?
ROLDÁN: Pues, ¿no os he de conocer?
[Bilen sé que sois español
y que Bernardo os llamáis.
BERNARDO: ¡Gracias a Dios que miráis
ya sin nublados el sol!
ROLDÁN: ¿Habéis estado presente
al caso de admiración?
BERNARDO: Sí he estado.
ROLDÁN: ¿Y no es gran razón
que yo vuelva diferente,
siendo una joya la honra
que no se puede estimar?
BERNARDO: Verdad es; mas por amar
no se adquiere la deshonra.
ROLDÁN: No hay amador que no haga
mil disparates, si es fino;
mas, ya que he cobrado el tino,
y sanado de mi llaga,
mis pasos caminarán
por diferente sendero.

[Sale] MARFISA

MARFISA: Bernardo, ¿no es el guerrero
éste a quien llaman Roldán?
BERNARDO: Él es. Mas, ¿por qué lo dices?
MARFISA: Porque su fama me fuerza
a probar con él mi fuerza,
porque tú la solenices
y veas qué compañero
te ha dado en mí la fortuna.
ROLDÁN: ¡No hay, cual Angélica, alguna
en todo nuestro hemisfero!
ESCUADERO: ¡Por Dios, que se ha vuelto al tema!
ROLDÁN: Falsa fue aquella visión,
y de nuevo el corazón
parece que se me quema.

BERNARDO: tal es lo que visto habemos.
Por el camino podremos
hacer discurso sobre ello.
ESCUADERO: En fin: ¿vamos a París?
BERNARDO: ¿Ya no te he dicho que sí?
MARFISA: Yo, a lo menos.
ESCUADERO: Por allí
hay camino, si advertís.
BERNARDO: Los caballos, ¿dónde están?
ESCUADERO: Aquí junto.
BERNARDO: Ve por ellos.
ESCUADERO: Allá subiréis en ellos.
MARFISA: ¡Pensativo iba Roldán!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

cadenas de amor!

RÚSTICO: ¡Oh, quién supiera cantar!
CORINTO: ¿Que no lo sabes, pastor?
RÚSTICO: Ni contralto ni tenor;
 que estoy para reventar.
CORINTO: Mas, ¿va que tienes agallas?
Muestra: abre bien la boca,
 que esta cura a mí me toca;
 abre más, si he de curallas.
 Ven acá. ¡Mal hayas tú
 y el padre que te engendró!
RÚSTICO: Pues, ¿qué culpa tengo yo?
CORINTO: ¡Ofrézcote a Bercebú!
 ¿Y no has caído en la cuenta
 de que tenías agallas?
RÚSTICO: Pues, ¿hay más sino sacallas?
CLORI: Esta burla me contenta;
 que, puesto que bien le quiero,
 que le burlen me da gusto.
CORINTO: Yo te sacaré, a tu gusto,
 o cantor o pregonero.
 ¿Tienes algún senoñil?
RÚSTICO: Una ligapierna tengo,
 y buena.
CORINTO: Ya me prevengo
 a hacerte cantor sutil.
 Aquésta poco aprovecha;
 que, para este menester,
 izquierda tiene de ser,
 que no vale la derecha.
 ¿Qué me darás, y te haré
 cantor subido y notable?
RÚSTICO: En la paga no se hable,
 que un novillo te daré.
 La liga izquierda es aquésta:
 tómala, y pon diligencia
 en mostrar aquí tu ciencia.
CORINTO: Dios sabe cuánto me cuesta.
 Mas con esta liga y lazo
 saldré muy bien con mi intento.
RÚSTICO: Hacia esta parte las sienta.
CORINTO: Déjame atar; quita el brazo.
 ¿Con qué voz quieres quedar:
 tiple, contralto o tenor?
RÚSTICO: Contrabajo es muy mejor.
CORINTO: Ése no te ha de faltar
 mientras trates conmigo.
 Ten paciencia, sufre y calla;
 ya se ha quebrado una agalla.
RÚSTICO: ¡Que me ahogas, enemigo!
CORINTO: Contralto quedas, sin duda,
 que la voz lo manifiesta.
 [-esta]
 pues aun ahora está en muda;
 a otro estirón que le dé,
 estará como ha de estar.
RÚSTICO: Ladrón, ¿quiéresme ahogar?
CORINTO: No lo sé; mas probaré.
CLORI: ¡Acaba; la burla baste!
RÚSTICO: ¡A mí semejantes burlas!
CORINTO: Rústico, ¿de mí te burlas,
 que no me pagas y vaste?
 ¡Pues a fe que has de llevar
 comida y sobrecomida!
 Todo, amigo, se comida
 a ayudarme a este cantar:

*Corrido va el abad,
por el cañaveral.
Corrido va el abad,
corrido va y muy mohíno,
porque, por su desatino,
cierto desastre le vino*

que le hizo caminar
por el cañaveral.
Confiado en que es muy rico,
no ha caído en que es borrico;
y por aquesto me aplico
a decirle este cantar:
por el cañaveral...

Parece REINALDOS por la montaña

LAUSO: La burla ha estado, a lo menos
como al sujeto conviene.
ANGÉLICA: ¡Otra vez mi muerte viene!
¡Abrid, tierra, vuestros senos
y encerradme en ellos luego!
LAUSO: ¿De qué, pastora, te espantas?
ANGÉLICA: ¡A vosotras, tiernas plantas,
mi vida o mi muerte entrego!

[Vase] ANGÉLICA huyendo

CLORI: Lauso, vámonos tras ella,
a ver qué le ha sucedido.
LAUSO: A tu voluntad rendido
estoy siempre, ingrata bella.

[Vanse] todos, y quédase CORINTO

CORINTO: Quedar quiero, a ver quién es
este pensativo y bravo.
El ademán yo le alabo;
mas, ¿si es paladín francés?

REINALDOS: O le falta al Amor conocimiento,
o le sobra crueldad, o no es mi pena
igual a la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.
Pero si Amor es dios, es argumento
que nada ignora, y es razón muy buena
que un dios no sea cruel. Pues, ¿quién ordena
el terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que es Angélica, no acierto;
que tanto mal en tanto bien no cabe,
ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto;
que, al mal de quien la causa no se sabe,
milagro es acertar la medicina.

CORINTO: ¡Ta, ta! De amor viene herido;
bien tenemos que hacer.

REINALDOS: ¿Que no quieres parecer,
oh bien, por mi mal perdido?
¿Has visto, pastor, acaso,
por entre aquesta espesura,
un milagro de hermosura
por quien yo mil muertes paso?
¿Has visto unos ojos bellos
que dos estrellas semejan,
y unos cabellos que dejan,
por ser oro, ser cabellos?
¿Has visto, a dicha, una frente
como espaciosa ribera,
y una hilera y otra hilera
de ricas perlas de Oriente?
Dime si has visto una boca
que respira olor sabeo,
y unos labios por quien creo
que el fino coral se apoca.
Di si has visto una garganta
que es coluna deste cielo,

y un blanco pecho de yelo,
do su fuego Amor quebranta;
y unas manos que son hechas
a torno de marfil blanco,
y un compuesto que es el blanco
do Amor despunta sus flechas.

CORINTO:

¿Tiene, por dicha, señor,
ombligo aquesa quimera,
o pies de barro, como era
la de aquel rey Donosor?

Porque, a decirte verdad,
no he visto en estas montañas
cosas tan ricas y extrañas
y de tanta calidad.

Y fuera muy fácil cosa,
si ellas por aquí anduvieran,
por invisibles que fueran
verlas mi vista curiosa.

Que una espaciosa ribera,
dos estrellas y un tesoro
de cabellos, que son oro,
¿dónde esconderse pudiera?

Y el sabeo olor que dices,
¿no me llevara tras sí?
Porque en mi vida sentí
romadizo en mis narices.

Mas, en fin, decirte quiero
lo que he hallado, y no ser terco.
¿Qué son? Habla.

REINALDOS:

CORINTO:

Tres pies de puerco
y unas manos de carnero.

REINALDOS:

¡Oh hi de puta, bellaco!;
pues, ¿con Reinaldos de burlas?

CORINTO:

De mis donaires y burlas
siempre tales premios saco.

[Vase] *huyendo CORINTO. Suena dentro esta voz de
ANGÉLICA*

ANGÉLICA:

¡Socorredme, Reinaldos, que me matan!

REINALDOS:

¡Mira que soy la sin ventura Angélica!
La voz es ésta de mi amada diosa.
¿Adónde estás, tesoro de mi alma,
única al mundo en hermosura y gracia?
La triste barca del barquero horrendo
pasaré por hallarte, y al abismo,
cual nuevo Orfeo, bajaré llorando
y romperé las puertas de diamante.

ANGÉLICA:

REINALDOS:

¡Moriré si te tardas; date prisa!
¿Qué camino he de hacer, amada mía?
¿Estás en las entrañas de la tierra,
o enciérrante estas peñas en su centro?
Doquier que estás te buscaré, viviendo,
o ya desnudo espíritu sin carne.

*Salen dos Sátiros que traen a ANGÉLICA como
arrastrando, con un cordel a la garganta*

ANGÉLICA:

REINALDOS:

¡Socorredme, Reinaldos, que me matan!
No corráis más; volved, ligeras plantas,
que no os va menos que la vida en esto.
¡Miserable de mí! ¿Quién me detiene?
¿Quién mis pies ha clavado con la tierra?
¡Verdugos infernales, deteneos!
¡No añudéis el cordel a la garganta,
que es basa donde asienta y donde estriba
el cielo de hermosura sobrehumana!
¡Miserable de mí cien mil vegadas,
que no puedo moverme ni dar paso!
Canalla infame, ¿para qué os dais prisa
a acabar esa vida de mi vida,
a escurecer el sol que alumbra el mundo?

¡Tate, traidores, que apretáis un cuello
adonde el amor forma tales voces,
que el mal desmenguan y la gloria aumentan
del venturoso que escucharlas puede!
¡Oh, que la ahogan! ¡Socorredla, cielos,
pues yo no puedo! ¡Oh sátiros lascivos!
¿Cómo tanta belleza no os ablanda?

Vanse los Sátiros

Ya dieron fin a su crüel empresa;
muerta queda mi vida, muerta queda
la esperanza que en pie la sostenía:
ahora os moveré, pues, sin provecho;
otra vez y otras mil soy miserable;
ahora, pies, me llevaréis do vea
la imagen de la muerte más hermosa
que vieron ni verán ojos humanos;
¡oh pies, al bien enfermos y al mal sanos!

LIégase REINALDOS a ANGÉLICA

[REINALDOS]:

¿Es posible que ante mí
te mataron, dulce amiga?
¿Y es posible que se diga
que yo no te socorrí?
¿Que es posible que la muerte
ha sido tan atrevida,
que acabó tu dulce vida
con trance amargo y tan fuerte?
¿Y que mi ventura encierra
tanta desventura y duelo,
que hoy tengo de ver mi cielo
puesto debajo la tierra?
¿Qué antropófagos, qué scitas
contra ti se conjuraron,
y qué manos te acabaron
sacrílegas y malditas?
Sin duda, el infierno todo
fue en tan desdichada empresa,
que así lo afirma y confiesa
de tu muerte el triste modo.
Mas yo le moveré guerra,
si es que me alcanza la vida
en tu triste despedida
para vivir en la tierra.
¿Yo vivir? Démoste agora
sepultura, ¡oh ángel bello!,
y después me veré en ello
cuando se llegue la hora.
Será de azada esta daga,
que abrirá la estrecha fuesa,
y daráse en ello priesa,
porque ha de hacer otra llaga.
Brazo en valor sin segundo,
trabajad con entereza
para enterrar la riqueza
mayor que ha tenido el mundo.
Vuestro afán, y no mi celo,
parece que en esto yerra,
si he de sacar tanta tierra
que venga a cubrir el cielo.
La tierra te sea liviana,
extremo de la beldad
que crió en cualquier edad
la naturaleza humana.
El tesoro desentierra
el que halla algún tesoro;
mas yo sigo otro decoro,
que cubro el mío con tierra.
Esta parte es concluida;
otra falta, y concluiráse,

si bien el alma costase,
como ha de costar la vida.

Otra sepultura esquiva
abriréis, daga, en mi pecho,
con que daréis fin a un hecho
que por luengos siglos viva.

Mi cuerpo, mi dulce y bella,
quede en esta tierra dura
cual piedra de sepultura,
que dice quién yace en ella.

¡Ea, cobarde francés,
morid con bríos ufanos,
pues no os ataron las manos
como os ligaron los pies!

*Vase a dar REINALDOS con la daga; sale MALGESÍ en su misma
figura y detiéndole el brazo, diciéndole*

MALGESÍ: No hagas tal, hermano amado;
porque, en este desconcierto,
antes que no verte muerto
quiero verte enamorado.

Aquesta enterrada y muerta
no es Angélica la bella,
sino sombra o imagen della,
que su vista desconcierta.

Para volverte en tu ser,
hice aquesta semejanza;
que el amor sin esperanza
no suele permanecer.

Mas, pues es tal tu locura,
que aun sin ella perseveras,
mira, para que no mueras,
vacía la sepultura.

REINALDOS: ¿Que estos sobresaltos das
al que tienes por hermano?
Hechicero, mal cristiano;
mas tú me lo pagarás.

Pues lo sabes, ¿por qué gustas
de tratarme deste modo?

MALGESÍ: Porque te extremas en todo,
y a ningún medio te ajustas.

Ven, y pondréte en la mano
a Angélica, y no fingida.

REINALDOS: Seréte toda mi vida
humilde, obediente hermano.

*[Vanse] todos. Suena una trompeta bastarda, lejos, y entran en
el teatro [el EMPERADOR] Carlomagno y GALALÓN*

EMPERADOR: ¿Qué trompeta es la que suena?

¿Si es acaso otra aventura
que nos ponga en desventura,
que la otra no fue buena?

Bien lo dijo Malgesí;
mas yo, incrédulo y cristiano,
tuve su aviso por vano,
y crédito no le di.

Otra vez suena. ¿No habrá
quien nos avise qué es esto?

GALALÓN: Yo te lo diré bien presto.

EMPERADOR: Mejor éste lo dirá.

[Sale] un PAJE

PAJE: Por San Dionís han entrado
dos apuestos caballeros
que parecen forasteros,
pero de esfuerzo sobrado:
uno mayor y robusto,
otro mancebo y galán.

GALALÓN: ¿Dónde llegan?
PAJE: Llegarán.
Mas miradlos, si os da gusto,
que veis do asoman allí.

[Sal en] MARFISA y BERNARDO, a caballo

EMPERADOR: ¡Bravo ademán y valiente!
GALALÓN: ¡Qué gran número de gente
que tra[e]n los dos tras de sí!
EMPERADOR: Pondré yo que es desafío.
GALALÓN: El continente así muestra.
EMPERADOR: ¿Dónde está agora la diestra
de Roldán?
GALALÓN: ¡Ah, señor mío!
¿Faltan en tu corte iguales
a Roldán?
EMPERADOR: Yo no lo sé.
Calla, que hablan.
GALALÓN: Sí haré.
EMPERADOR: Si dijeras desiguales...

MARFISA: Escúchame, Carlomagno,
que yo hablaré como alcance
mi voz hasta tus orejas,
por más que estemos distantes;
y denme también oídos
tus famosos Doce Pares,
que yo les daré mis manos
cada y cuando que gustaren.
Una mujer soy que encierra
deseos en sí tan grandes,
que compiten con el cielo,
porque en la tierra no caben.
Soy más varón en las obras
que mujer en el semblante;
ciño espada y traigo escudo,
huigo a Venus, sigo a Marte;
poco me curo de Cristo;
de Mahoma no hay hablarme;
es mi dios mi brazo solo,
y mis obras, mis Penates.
Fama quiero y honra busco,
no entre bailes ni cantares,
sino entre acerados petos,
entre lanzas y entre alfanjes.
Y es fama que las que vibran
y las que ciñen tus Pares
vuelan y cortan más que otras
regidas de brazos tales.
Por probar si esto es verdad,
vivo[s] deseos me traen,
y a todos los desafío,
pero a singular certamen;
y, para que no se afrenten
de una mujer que esto hace,
mi nombre quiero decilles:
soy Marfisa, y esto baste.

BERNARDO: En el padrón de Merlín
va Marfisa a aposentarse,
donde esperará tres días
el deseado combate;
y si tantos acudieren
que no puedan despacharse,
ella desde aquí me escoge
y elige por su ayudante.
Soy caballero español
de prendas y de linaje,
y quizá el mismo deseo
de Marfisa aquí me trae.
Y entended que el desafío
ha de ser a todo trance,
porque grandes honras deben

MARFISA: comprarse a peligros grandes.
Decid que deje Roldán
amorosos disparates,
que con Venus y Cupido
se aviene mal el dios Marte.
Lo que el español ha dicho
lo confirmo; y, porque es tarde
y el padrón no está muy cerca,
el Dios que adoráis os guarde.

EMPERADOR: ¿Hay, por dicha, Galalón,
en París otros Roldanes?
¿Hay otro alguno que pueda
con Reinaldos igualarse?
Si los hay, ¿cómo han callado,
oyendo desafiarse?
¡Oh, mal hubieses, Angélica,
que tantos males me haces!
Colgados de tu hermosura,
todos mis valientes traes;
solo han dejado a París,
solo, por ir a buscarte.

GALALÓN: Mientras vive Galalón,
ninguno podrá agraviarte;
y mañana con las obras
haré mis dichos verdades.
Dame licencia, señor,
porque al punto vaya a armarme.

EMPERADOR: No hay para qué me la pida
quien es de los Doce Pares.

*[Vanse. Sal en] FERRAGUTO y ROLDÁN, riñendo, con las
espadas desnudas*

ROLDÁN: Tú le mataste, y fue alevosamente,
moro español, sin fe y sin Dios nacido.

FERRAGUTO: Tu falsa lengua, como falso, miente,
y mentirá mil veces, y ha mentido.

ROLDÁN: ¿No fue maldad echarle en la corriente
del río?

FERRAGUTO: Muy bien puede del vencido
hacer el vencedor lo que quisiere.

ROLDÁN: De tu falso argüir eso se infiere.

No te retires, bárbaro arrogante,
que quiero castigar tu alevosía.

FERRAGUTO: Si me retiro, fanfarrón de Aglante,
el paso sí, la voluntad no es mía.
Por Mahoma te juro, y Trivigante,
que no sé quién me impele y me desvía
de tu presencia, ¡oh paladín gallardo!

ROLDÁN: Con ésta acabarás, que ya me tardo.

*Retírase FERRAGUTO, y, puesto en la tramoya, al tirarle
ROLDÁN una estocada, se vuelva la tramoya, y parece en ella
ANGÉLICA, y ROLDÁN, echándose a los pies della;
al punto que se inclina, se vuelve la tramoya, y parece uno de los
sátiros, y hállase ROLDÁN abrazado con sus pies*

ROLDÁN: ¿Qué milagros son éstos, Dios inmenso?
¿Es piedad del Amor ésta que veo?
Arrójome a tus pies, y en esto pienso
que satisfago en todo a mi deseo.
Coge, amada enemiga, el fruto y censo
que estos labios te dan, y por trofeo
ponga Amor en su templo que un Orlando
está tus bellas plantas adorando.
De ámbar pensé, mas no es sino de azufre,
el olor que despiden estas plantas.
¿Adónde tanto engaño, Amor, se sufre,
o quién puede formar visiones tantas?
Ésta veré si esta estocada sufre.

Vuélvese la tramoya, y parece MALGESÍ en su forma

MALGESÍ: Primo, ¿que no te enmiendas ni te espantas?
ROLDÁN: ¡Oh Malgesí! Hazaña ha sido aquésta
que mi amor y tu ciencia manifiesta.
Mas, dime: ¿de qué sirven tantas pruebas
para ver que estoy loco y que me pierdo,
sabiendo que el estilo que tú llevas
ni le cree ni le admite el hombre cuerdo?
MALGESÍ: Ven conmigo, Roldán; daréte nuevas
de tu bien por tu mal.
ROLDÁN: ¡Oh sabio acuerdo!
Llévame, primo, en presuroso vuelo
deste infierno de ausencia a ver mi cielo.
MALGESÍ: Arrima las espaldas a esa caña,
los ojos cierra y de Jesús te olvida.
.....[-aña]
.....[-ida]
ROLDÁN: Grave cosa me pides.
MALGESÍ: Date maña,
que importa a tu contento esta venida.
ROLDÁN: ¿Estoy bien puesto?
MALGESÍ: Bien.
ROLDÁN: Jesús me valga,
aunque jamás con esta empresa salga.

*Vuélvese la tramoya con ROLDÁN; salen BERNARDO y
MARFISA, y suena dentro una trompeta*

BERNARDO: Trompeta y caballos sienta,
y, según mi parecer,
paladín debe de ser
que viene al padrón contento,
y seguro de alcanzar
de ti, Marfisa, el trofeo.
MARFISA: A pie viene, a lo que veo.
BERNARDO: Pues, ¿quién le hizo apear?
MARFISA: Lo que a nosotros. ¿No ves
que aquí caballo no llega?
BERNARDO: Sin duda, es de la refriega;
que me parece francés.

[Sale] GALALÓN, armado de peto y espal dar

GALALÓN: Sálveos Dios, copia dichosa,
tan bella como valiente.
BERNARDO: Dios te salve y te contente.
MARFISA: ¡Salutación enfadosa!
Sálveme mi brazo a mí,
y conténteme mi fuerza.
GALALÓN: Vuestro desafío me fuerza
y mueve a venir aquí.
MARFISA: Dime si eres paladín.
GALALÓN: Paladín digo que soy.
BERNARDO: ¿Partiste de París hoy?
GALALÓN: Anoche.
BERNARDO: Pues, ¿a qué fin?
GALALÓN: No más de a ver si hay qué ver
en ti y la bella Marfisa.
BERNARDO: Tú te has dado buena prisa.
GALALÓN: Conviene, porque hay que hacer.
MARFISA: ¿Qué tienes que hacer?
GALALÓN: Venceros
y dar a París la vuelta.
BERNARDO: Si cual tienes lengua suelta
tienes agudos aceros,
bien saldrás con tu intención.
Mas, dime: ¿cómo es tu nombre?
GALALÓN: Diréoslo, porque os asombre:
es mi nombre Galalón,

el gran señor de Maganza,
 de los Doce el escogido.
 BERNARDO: Días ha que yo he sabido
 que eres una buena lanza,
 un crisol de la verdad,
 un abismo de elocuencia,
 un imposible de ciencia,
 un archivo de lealtad.
 MARFISA: Contra la razón te pones,
 Bernardo, porque la fama
 por todo el mundo derrama
 que éste es saco de traiciones,
 y aun enemigo mortal
 de todos los paladines,
 malsín sobre los malsines,
 mentiroso y desleal,
 y, sobre todo, cobarde.
 GALALÓN: A la prueba me remito,
 y vengamos al conflicto,
 que se va haciendo tarde.
 Empero, si queréis iros
 sin comenzar esta empresa,
 yo os juro y hago promesa
 de eternamente servirlos
 y de no desenvainar
 en contra vuestra mi espada.
 BERNARDO: Promesa calificada
 y muy digna de estimar.
 MARFISA: Dame la mano, que quiero
 aceptarte por amigo.
 GALALÓN: Doyla, porque siempre sigo
 proceder de caballero.
 ¡Cuerpo de quien me parió,
 que los huesos me quebrantas!
 MARFISA: Pues, ¿desto poco te espantas?
 GALALÓN: De menos me espanto yo.
 De modo vas apretando,
 que se acerca ya mi fin.
 BERNARDO: ¿Un famoso paladín
 así se ha de estar quejando
 porque le dé una doncella
 la mano por gran favor?
 GALALÓN: ¿Ésta es doncella? Es furor,
 es rayo que me atropella,
 es de mi vida el contraste,
 pues que ya me la ha quitado.
 MARFISA: ¡Por Dios, que se ha desmayado!
 BERNARDO: ¿Cómo, y tanto le apretaste?
 MARFISA: La mano le hice pedazos.
 BERNARDO: ¡Oh desdichado francés!
 MARFISA: Quitarle quiero el arnés,
 pues viene sin guardabrazos,
 y ponerle por trofeo
 colgado de alguna rama,
 con un mote que su fama
 descubra, como deseo.
 Pero fáltneme instrumentos
 con que ponerlo en efecto.

MALGESÍ dice de dentro

MALGESÍ: No faltarán, te prometo,
 pues sé tus buenos intentos.
 Esos ministros que envío
 cumplirán tu voluntad.
 BERNARDO: ¡Oh, qué extraña novedad!
 MARFISA: ¿Quién sabe el intento mío?
 Los versos dicen lo mismo
 que imaginé en mi intención.
 ¿Si llevan a Galalón
 estos diablos al abismo?
 GALALÓN: Ya yo entiendo que aquí andas;
 a ti digo, Malgesí.

Di: ¿no hallaste para mí
otro coche ni otras andas?

*Llévanle los sátiros en brazos a
GALALÓN*

MARFISA: Di cómo dice el trofeo;
quizá yo no lo he entendido.
BERNARDO: Agudo está y escogido.
MARFISA: Léelo en voz.
BERNARDO: En voz lo leo:

*Estar tan limpio y terso a queste acero,
con la entereza que por todo al canza,
nos dice que es, y es dicho verdadero,
del señor de la casa de Maganza.*

MARFISA: Estas selvas está cierto
que están llenas de aventuras.
Quedado habemos a oscuras,
por el sol que se ha encubierto;
y, entre tanto que él visita
los antípodas de abajo,
demos al sueño el trabajo
que el reposo solicita.
A esta parte dormiré;
tú, Bernardo, duerme a aquélla,
hasta que salga la estrella
que a Febo guarda la fe.
Y si en aquestos tres días
no vinieren paladines,
buscaremos otros fines
de más altas bizarrias.

BERNARDO: Bien dices, aunque el sosiego
pocas veces le procuro,
con todo, a este peñón duro
el sueño y cabeza entrego.

*Échase a dormir. Sale por lo hueco del teatro CASTILLA, con un
león en la una mano, y en la otra un castillo*

CASTILLA: ¿Duermes, Bernardo amigo,
y aun de pesado sueño,
como el que de cuidados no procede?
¿Huyes de ser testigo
de que un extraño dueño
tu amada patria sin razón herede?
¿Esto sufrirse puede?
Advierte que tu tío,
contra todo derecho,
forma en el casto pecho
una opinión, un miedo, un desvarío
que le mueve a hacer cosa
ingrata a ti, infame a mí, y dañosa.
Quiere entregarme a Francia,
temeroso que, él muerto,
en mis despojos no se entregue el moro,
y está en esta ignorancia
de mi valor incierto
y dese tuyo sin igual que adoro.
No mira que el decoro
de animosa y valiente,
sin cansancio o desmayo,
que me infundió Pelayo,
he guardado en mi pecho eternament[e],
y he de guardar contino,
sin que pavor le tuerza su camino.
Ven, y con tu presencia
infundirás un nuevo
corazón en los pechos desmayados;
curarás la dolencia

del rey, que, c[il]ego al cebo
de pensamientos en temor fundados,
sigue vanos cuidados,
tan en deshonra mía,
que, si tú no me acorres
y luego me socorres,
huiré la luz del sol, huiré del día,
y en noche eterna oscura
lloraré sin cesar mi desventura.

Por oculto camino
del centro de la tierra
te llevaré, Bernardo, al patrio suelo.
.....[-ino]
propicio tuyo encierra
tú en tu brazo tu honra y mi consuelo.
Ven, que el benigno Cielo
a tu favor se inclina.
Llevaré a tu escudero
por el mismo sendero.
Y tú, sin par, que aspiras a divina,
procura otras empresas,
que es poco lo que en éstas inte[resas].

Nadie en esta querella
batallará contigo,
que tras sí se los lleva la hermosura
de Angélica la bella,
común fiero enemigo
de los que en esto ponen su ventura.
Y está cierta y segura
que dentro en pocos años
verás estrañas cosas,
amargas y gustosas,
engaños falsos, ciertos desengaños.
Y, en tanto, en paz te queda,
y así cual lo deseo te suceda.

[Vase] CASTILLA con BERNARDO por lo hueco del teatro

MARFISA:

Selvas de encantos llenas,
¿qué es aquesto que veo?
¿Qué figuras son éstas que se ofrecen?
¿Son malas o son buenas?
Entre creo y no creo,
me tienen estas sombras que parecen:
admiraciones crecen
en mí, no ningún miedo.
Llevaronme a Bernardo,
y aquí sin causa aguardo.
Ir quiero a do mostrar mi esfuerzo puedo.
Vuelto me he en un instante;
derecha voy al campo de Agramante.

[Salen] CORINTO, pastor, y ANGÉLICA, como pastora

CORINTO:

Digo que te llevaré,
si fuese a cabo del mundo.

ANGÉLICA:

En tu valor, sin segundo,
sé bien que bien me fié.

CORINTO:

Haya güelte, y tú verás
si te llevo do quisieres.

ANGÉLICA:

Mira tú cuánto pudieres,
que eso mismo gastarás;
que tengo joyas que son
de valor y parecer.

CORINTO:

Y, ¿adónde se han de vender?

ANGÉLICA:

Ahí está la confusión.

CORINTO:

No reparar en el precio:
que, cuando hay necesidad,
es punto de habilidad
dar la cosa a menos precio.

Y más, que todo lo allana
un buen ingenio cursado.
Y, ¿cuándo has determinado
que partamos?

ANGÉLICA:
CORINTO:

Yo, mañana.
Daremos de aquí en Marsella,
y allí nos embarcaremos,
y el camino tomaremos
para España, rica y bella.

Y, en saliendo del Estrecho,
tomar el rumbo a esta mano
por el mar profundo y cano
que tantas burlas me ha hecho.

Digo que si naves hay,
y en el viento no hay reveses,
en menos de trece meses
yo te pondré en el Catay.

¿Quieres más?

ANGÉLICA:

Eso me basta,
si así lo ordenase el Cielo.

CORINTO:

Aunque me ves deste pelo,
soy marinero de casta,
y nado como un atún,
y descubro como un lince,
y trabajo más que quince,
y más que veinte, y aún.

Pues, en el guardar secreto,
haz cuenta que mudo soy.
¿Quieres que nos vamos hoy?

[Sale] REINALDOS

ANGÉLICA:

¡Oh nuevo y terrible aprieto!
Si éste me conoce, es cierta
mi muerte y mi sepultura.

CORINTO:

Pues encubre tu hermosura,
si es que puede estar cubierta.

Pero dime: ¿que éste es
el francés del otro día?

¡Adiós, pastoraza mía,
que está mi vida en mis pies!

Huye CORINTO

ANGÉLICA:

No es acertado esperalle;
muy mejor será huir.

REINALDOS:

¿Sabrásme, amiga, decir,
de un rostro, donaire y talle
que es, más que humano, divino?
Alza el rostro. ¿A qué te encubres,
que parece que descubres
un no sé qué peregrino?

Alza a ver. ¡Oh santos cielos!
¿Qué es esto que ven mis ojos?
¡Oh gloria de mis enojos,
oh quietud de mis recelos!

¿Quién os puso en este traje?
¿Huísos? Pues, ¡vive Dios!,
ingrata, que he de ir tras vos
hasta que al infierno baje,
o hasta que al cielo me encumbre,
si allá os pensáis esconder;
que el tino no he de perder,
pues va delante tal lumbre.

*Corre ANGÉLICA y entra por una puerta, y REINALDOS tras ella;
y, al salir por otra, haya entrado ROLDÁN,
y encuentra con ella*

ROLDÁN:

De mi dolor conmovido,
te ha puesto el cielo en mis brazos.

REINALDOS: Suelta, que te haré pedazos,
amante descomedido;
suelta, digo, y considera
la grosería que haces.

ROLDÁN: ¿Para qué turbas mis paces,
sombra despiadada y fiera?
¿No ves que esta prenda es mía
de razón y de derecho?

REINALDOS: ¡Por Dios, que te pase el pecho!

ANGÉLICA: ¡Suerte airada, estrella impía!

REINALDOS: ¿Fíaste en ser encantado,
que no quieres defenderte?

ROLDÁN: No fío sino en tenerte
por un simple enamorado.

REINALDOS: ¡Mataréte, vive el cielo!

ROLDÁN: Si puedes, luego me acaba.

REINALDOS: ¿Hay desvergüenza tan brava?

ROLDÁN: ¿Hay tan necio y simple celo?

ANGÉLICA: ¿Hay hembra tan sin ventura
como yo? Dúdolo, cierto.
¡Suelta, crüel, que me has muerto
a manos de tu locura!

REINALDOS: ¡Suéltala, digo!

ROLDÁN: ¡No quiero!

REINALDOS: ¿Defiéndete, pues!

ROLDÁN: ¡Ni aqueso!

REINALDOS: ¡Loco estás!

ROLDÁN: Yo lo confieso,
aunque de estar cuerdo espero.

ANGÉLICA: Divididme en dos pedazos,
y repartid por mitad.

ROLDÁN: No parto yo la beldad
que tengo puesta en mis brazos.

REINALDOS: Dejarla tienes entera,
o la vida en estas manos.

ANGÉLICA: ¡Oh hambrientos lobos tiranos,
cuál tenéis esta cordera!
El cielo se viene abajo,
de mi angustia condolido.

ROLDÁN: ¡Oh salteador atrevido,
cuán sin fruto es tu trabajo!

Descuélgase la nube y cubre a todos tres, que se esconden por lo hueco del teatro; y salen luego el EMPERADOR Carlomagno y GALALÓN, la mano en una banda, lastimada cuando se la apretó MARFISA

EMPERADOR: ¿Que vencistes a Marfisa?

GALALÓN: Llegué y vencí todo junto,
porque yo no pierdo punto
si acaso importa la prisa.
Maltratóme aquesta mano
de un bravo golpe de espada,
de que quedó magullada,
porque fue el golpe de llano.

EMPERADOR: ¿Qué se hizo el español?

GALALÓN: Como vio en mí a toda Francia,
se deshizo su arrogancia
como las nubes al sol.
También le dejé vencido.

EMPERADOR: ¡Brava hazaña, Galalón!

GALALÓN: Hazaña de un corazón
que es de ti favorecido.

EMPERADOR: ¿Quién es éste?

GALALÓN: Malgesí.

EMPERADOR: ¡Oh, a qué buen tiempo que viene!
Parece que se detiene
¿Viene armado?

GALALÓN: Creo que sí.

*[Sal e] MALGESÍ con el escudo de GALALÓN: , donde vi enen
escritos los cuatro versos de antes*

EMPERADOR: Extraña armadura es ésta,
 ¡oh Malgesí!, caro amigo.
GALALÓN: La ciencia deste enemigo
 honra y vida y más me cuesta.
MALGESÍ: Señor, pues sabéis leer,
 leed aquesta escritura.
GALALÓN: Mi cobardía se apura
 si más quiero aquí atender.
 Irme quiero a procurar
 venganza deste embaidor.

[Vase] GALALÓN

MALGESÍ: Después os diré, señor,
 cosas que os han de admirar.
EMPERADOR: ¿Adónde queda Roldán,
 y adónde queda Reinaldos?
MALGESÍ: Sacro emperador, miraldos
 de la manera que están.

*Vuelven a salir ROLDÁN:, REINALDOS: y ANGÉLICA:,
de la misma manera como se entraron cuando les cubrió la
nube*

REINALDOS: Mi trabajo doy al viento,
 por más que mi fuerza empleo.
ROLDÁN: Reinaldos, no soy Anteo,
 que me ha de faltar aliento.
ANGÉLICA: ¡Cobardes como arrogantes,
 de tal modo me tratáis,
 que no es posible seáis
 ni caballeros ni amantes!
MALGESÍ: Vuelve la vista, emperador supremo;
 verás el genio de París rompiendo
 los aires y las nubes, paraninfo
 despachado del cielo en favor tuyo.
EMPERADOR: ¡Hermosa vista y novedad es ésta!

Parece un ÁNGEL en una nube volante

ÁNGEL: Préstame, Carlo, atento y grato oído,
 y escucha del divino acuerdo cuanto
 tiene en tu daño y gusto estatuido
 allá en las aulas del alcázar santo.
 Presto estos campos con marcial rüido
 retumbarán, y con horror y espanto
 volverá las espaldas la cristiana
 a la gente agarena y africana.
 En honor de Macón y Trivigante,
 con torcida y errada fantasía,
 viste las duras [armas] Agramante,
 y deja Ferragut a Andalucía.
 Rodamonte feroz viene delante;
 sus fuertes moros Zaragoza envía,
 con Marsilio, su rey, y el rey Sobrino,
 tan prudente, que casi es adivino.
 Queda Libia desierta, sin un moro;
 de África quedan solas las mezquitas,
 y todos a una voz tus lirios de oro
 afrentan con palabras inauditas.
 Mas tú, guardando el sin igual decoro
 que guardas en empresas exquisitas,
 sal al encuentro luego a esta canalla,
 puesto que perderás en la batalla.
 Pero después la poderosa mano
 ayudarte de modo determina,
 que del moro español y el africano
 seas el miedo y la total rüina.
 Vuelvo con esto al trono soberano,

a ver si en tu favor se determina
de nuevo alguna cosa, y en un punto
tendrás mi vista y el aviso junto.

Vase

EMPERADOR: ¡Gracias te doy, Dios inmenso,
por el aviso y merced!

ROLDÁN: Pues ella cayó en mi red,
gozalla, sin duda, pienso.

REINALDOS: ¿Todavía estás en eso?

ROLDÁN: ¿Y tú en eso todavía?

EMPERADOR: De vuestra loca porfía
he de sacar buen suceso,
y ha de ser desta manera:
aquesta dama llevad,
y al momento la entregad
al gran duque de Baviera,
y el que más daño hiciere
en el contrario escuadrón,
llevará por galardón
la prenda que tanto quiere.

ROLDÁN: Soy contento.

REINALDOS: Soy contento.

ROLDÁN: ¡Morirán luego a mis manos
andaluces y africanos!

MALGESÍ ¡Vano saldrá vuestro intento!

ROLDÁN: ¡Despedazaré a Agramante
y a su ejército en un punto!
Cuéntenle ya por difunto.

MALGESÍ No te alargues, arrogante,
que Dios dispone otra cosa,
como en efecto verás.

ROLDÁN: ¡Oh Agramante! ¿Dónde estás?

REINALDOS: ¡Por mía cuento esta diosa!
Cuando con victoria vuelvas,
crecerá tu gusto y fama,
que por ahora nos llama
fin suspenso a nuestras selvas.

SUENAN CHIRIMÍAS, Y DASE FIN A LA COMEDIA